Murray Boockhin

Ecología libertaria

Cuadernos Libertarios

9 788487 169175

Madre tierra

Ecología Libertaria

Murray Boockhin

Ecología Libertaria

Madre tierra
MÓSTOLES 1991

© 1991 Murray Boockhin
Ediciones Madre Tierra
Parque Vosa, 12
28933 Móstoles
Director de C. Libertarios: Ignacio de Llorens
Coordinador Editorial: Emilio Jara Lázaro
Diseño de portada: Víctor J. Benayas
Portada: Dibujo de Frank Lloyd Wright
Maquetación: Georgina Manzanares Aguilar
I.S.B.N.: 84-87169-17-1
Depósito Legal: M-12.424-1991
Impreso en Lavel, S.A.
Humanes (Madrid)
Impreso en España

INDICE

Presentación 7

Autobiografía 11

La epoca de los profesores stalinistas 15

El anarquismo no es una idea "congelada" 19

Algunas reflexiones 23

Nosotros, Los Verdes. Nosotros los Anarquistas 33

Una visión más coherente del mundo 37

Ninguna dádiva del Estado 39

Verde profundo 41

Modo de transición 45

El anarquismo en nuestro tiempo 47

Conversación con Murray Bookchin 49

Agricultura radical 65

Un ensayo de Murray Bookchin 67

Un crecimiento que nos mata 81

La muerte de un pequeño planeta 83

Presentación

En el presente folleto hemos recopilado diversos textos del anarquista norteamericano Murray Bookchin. Se trata de artículos, entrevistas e intervenciones editadas en la prensa libertaria internacional en castellano, en los últimos años. Los temas abordados son de acuciante actualidad. El autor posiblemente sea la figura más destacada del movimiento anarquista contemporáneo. Luchador obrero y estudioso de la poblemática social, ha venido incidiendo en la necesidad de que el movimiento libertario asuma el protagonismo de la lucha ecológica.

En castellano disponemos de algunas de sus obras: *El anarquismo en la sociedad de consumo*. Ed. Kairós, Barcelona, 1974; *Los límites de la ciudad*. Ed. H. Blume, Madrid, 1974; *Los anarquistas españoles*. Ed. Grijalbo, Barcelona, 1981; *Por una sociedad ecológica*. Ed. Gili, Barcelona, 1984.

Autobiografía

Reproducido de "Testimonios",
México D.F., primavera de 1986.

Nací literalmente en el seno del movimiento revolucionario. Mis abuelos maternos eran miembros del partido social-revolucionario ruso, los famosos "narodniki", o populistas, que fueron enormemente influídos por Bakunin, no importa si fue de forma indirecta. Habiendo vivido en Besarabia, en la frontera entre Rusia y el imperio austro-húngaro, participaron activamente en los transportes de material y de propaganda revolucionaria al interior y al exterior de la Rusia Zarista. Mi abuela materna y mi madre se vieron obligadas a irse de Rusia después de la revolución de 1905, mientras la "noche" contra-revolucionaria cubría el país. Fueron a instalarse en Nueva York, donde enseguida participaron en el club de los trabajadores rusos, en el cual numerosos miembros eran anarquistas. Mi madre obrera, estuvo adherida al sindicato revolucionario I.W.W. durante el periodo más dramático de esta organización. Me contó muchas anécdotas sobre "Big Bill" Baywood, sobre Emma Goldman, y sobre otros famosos revolucionarios de aquel tiempo.

La epoca de los profesores stalinistas

Nací en 1921, en Nueva York, en el momento en que todo el mundo de ideas revolucionarias y numerosos exiliados políticos, sobre todo rusos, agitaban el medio en el que yo vivía. Comencé en efecto a hablar ruso, pero mis padres, que se habían conocido en la sede del I.W.W. y que eran ambos de origen ruso, dejaron de hablarme en esta lengua. Querían evitar que yo hablara con acento extranjero. Así se me olvido todo lo que ya sabía de ruso; me acuerdo solamente de los cantos revolucionarios y de algunas palabras aprendidas de niño. He crecido escuchando las historias de los grandes revolucionarios rusos Stenka Ine y Emillien Pougatchef, quienes tomaron en mis sueños el lugar de Robin Hood y de Daniel Boone. En 1930, a los nueve años entré a formar parte de los Jóvenes Pioneros, el movimiento comunista que agrupaba a los niños. Debía aprenderlo todo del marxismo, del leninismo, de la historia del socialismo, de las revoluciones, del movimiento obrero, etc. Si he sacado una lección de esta experiencia, es que un niño, aunque sea muy chico, siempre que sea suficientemente motivado, puede absorver una cantidad enorme de información, mucho mayor de lo que pueden imaginar los adultos y los instructores mismos. A pesar de que tuve una comprensión muy limitada y algo ingenua de lo que mis profesores stalinistas me hacían tragar, me acuerdo de este periodo (la gran depresión, la aparición del fascismo alemán, las colas delante de las panaderías, las huelgas y más tarde, en 1934, la revuelta de los trabajadores austríacos en Viena y de los mineros en Asturias) con tanta precisión como de la guerra de Vietnam o

del mayo francés del 68. Los años treinta marcaron el apogeo del movimiento obrero; no solamente en Europa, sino también en América. Hubo grandes huelgas, que comenzaron con la ocupación de las fábricas en París en 1935, y que continuaron con los mismos métodos por los trabajadores americanos. El nuevo sindicato C.I.O. se propagó por toda la nación y hubo conflictos sangrantes para poder sindicalizar a los trabajadores del acero, del automóvil, de las minas, de los transportes y del textil. Como mis padres eran obreros, y muy pobres, no podía permitirme quedar sin empleo, me incorporé a trabajar muy pronto; primero como vendedor de periódicos, enseguida en las grandes fábricas de New Jersey. Es ahí, en la fundición, donde comencé a interesarme por la militancia sindical, no en su forma burocrática, sino como delegado de sección (shop steward), enseguida como secretario de la unión sindical y como organizador, remunerado solamente cuando debía abstenerme de mi trabajo. Más tarde, después de haber pasado un periodo en la Armada, llegué a ser un trabajador de la industria del automóvil, en el tiempo en el que la United Automobile Workers (U.A.W.) era todavía el sindicato más activo y democrático, yo diría también el más revolucionario después del I.W.W.

Sin embargo tres cosas comenzaron a influir profundamente mi vida:

En los años 35-36 la Internacional Comunista, entera, pasó de las posiciones ultra-izquierda de lucha revolucionaria a una clara posición reformista de compromiso con la burguesía (el Frente Popular). Abandoné la Liga de Juventudes Comunistas, entre tanto yo había pasado de la organización de niños a la de la juventud, y trataba de fundar un nuevo movimiento realmente revolucionario.

La Revolución Española me llevó a las filas de la Liga Comunista, ya que no encontré ninguna organización a través de la cuál yo pudiera ayudar a España. Los comunistas, trabajando con los demócratas, monopolizaban totalmente el movimiento neoyorkino de sostén a España (Support Spain). En particular la sublevación-revuelta de mayo de 1937 en Barcelona me perturbó. No podía creer que una sublevación-revuelta tan amplia de los trabajadores fuera inspirada por los fascistas, y que los anarquistas no fuesen más que agentes del fascismo. Rompí deliberadamente con la disciplina del Partido y fui a escuchar a Norman Thomas, el líder del Partido Socialista americano, que hacía un informe de su visita a España. Me trastornó por lo que informó acerca de las intrigas de los comunistas en ese país: Yo tenía dieciséis años y era todavía muy ingenuo; pero mi experiencia, aunque fuera muy limitada, mis profundos instintos revolucionarios, fueron sacudidos.

Los procesos de Moscú, por fin, destruyeron completamente la confianza que yo tenía en la URSS, no podía creer que algunos rusos, en particular Boukhrine, se hubieran hecho agentes de Hitler. Y no me sentía dispuesto a sostener y apoyar a Roosvelt como lo pedía la línea del Frente Popular. En 1937-38 sentía ya que me iban a sacar de los Jóvenes Comunistas: invité a trotskistas para hacer conferencias en mi grupo de jóvenes y leía libremente todo lo que quería, burlándome completamente del Indice del Partido. Finalmente fui expulsado en 1939 y me hice trotskista. Pero con estos, todo lo que había visto y criticado en el movimiento comunista se repetía de nuevo. A mediados de loa años cuarenta dejé de ser leninista, de cualquier especie que fuera. Progresivamente me emplazaba sobre las posiciones del socialismo libertario y, a principios de los años cincuenta, sobre los del anarquismo. Pienso que fue la Revolución Húngara de 1956 y el debate lo que me llevó a afirmarme como anarquista. Comencé así a estudiar muy en serio la historia de este movimiento, en particular la Revolución Española.

Lo que completó, por así decirlo, mi educación política, fue el declive del movimiento obrero en América. Había militado durante diez años en la industria pesada, como sindicalista, revolucionario, en la más radical y activa organización de esa época, la U.A.W., antes de que fuera destruída por los burócratas.

En 1947 o 1948, participé en la huelga de la General Motors que duró meses y meses.

Cuando ganamos la huelga, y retornamos al trabajo, me di

cuenta de un cambio total tanto en la organización como entre los trabajadores. Estaba claro que el sindicalismo era ahora aceptado por la burguesía y que los trabajadores habían abandonado su espíritu revolucionario y estaban solamente interesados por las ventajas materiales; en suma, reinaba una atmósfera de desmovilización de la clase.

Comprendí de repente que la Revolución Española había sido apogeo, y al mismo tiempo el fin, de cien años de historia revolucionaria de la clase obrera. Comencé a revisar por entero la historia del movimiento obrero, de junio de 1848 a julio de 1936, y mis ideas fueron explicadas en el último capítulo de mi libro *Los anarquistas españoles* y en mi artículo *Autogestión y nueva tecnología* que actualmente ha sido reeditado en *Por una sociedad ecológica.*

El anarquismo no es una idea "congelada"

Comencé, pues, a reexaminar todas mis ideas. En 1952 escribí un artículo sobre ecología, que en 1962 se hizo libro: *Nuestro medio artificial*, y más tarde un tratado anarquista sobre el mismo argumento *El anarquismo en la sociedad de consumo.* Estoy actualmente terminando un voluminoso trabajo *La ecología de la libertad* , que recoge todo lo que he podido desarrollar desde 1950. Comienzo pues a irme hacia el movimiento anti-nuclear, dejando el movimiento sindical que desde un punto de vista revolucionario, está actualmente completamente moribundo, y desde siempre he estado interesado por todo lo que concierne a la ecología. Comienzo igualmente a examinar el papel de la jerarquía, y no solamente la de clases, ya que estoy convencido de que la revolución debe igualmente hacerse en la cocina, la cama, en el seno mismo de la sensibilidad individual, y no solamente en las fábricas. Es por esto por lo que estoy enormemente interesado en el nuevo feminismo, que en sus mejores aspectos quita explícitamente tales problemas. En fin, buscando una alternativa en el sindicalismo fui llevado a estudiar el anarco-comunalismo (no pienso en Paul Brousse, sino más bien en Piotr Kropotkin) y las formas en que funciona la democracia directa, al nivel de colonias y de ciudades, en la antigua Atenas, en las comunas medievales, en las secciones del París revolucionario de 1793, en las asambleas de ciudadanos de la nueva Inglaterra, en la Comuna de París de 1871 y los he comparado con los mejores obreros y las formas de organización sindical, consagrando una atención particular al impacto de la jerarquía de fábrica sobre la mentali-

dad de los trabajadores. En 1960, he seguido atentamente el movimiento de los derechos cívicos desarrollados por los negros, y me interesé por los "Students for a Democratic Society" (S.D.S.) y por la contra-cultura. Fui a París en 68, hacia el final de los acontecimientos de mayo-junio. Hice reportajes detallados, explicando un punto de vista anarquista, y publicados en la prensa revolucionaria americana.

Cuando la contra-cultura comenzó a dejar las ciudades, fui a instalarme en Vermont, el estado quizás más "libertario" de Nueva Inglaterra, donde he vivído en una comunidad y enseñado en el Goddard College. Fundé el Institut for Social Ecology, dónde he tratado de transmitir yen parte de practicar, lo que había escrito sobre la ecología. Enseño también con mucha libertad, en un Colegio de Nueva Jersey donde, muchos demis estudiantes son trabajadores y continúo manteniendo relaciones estrechas con el movimiento obrero. Desafortunadamente, ningún nuevo argumento ni acontecimiento ha venido a cambiar mi punto de vista sobre el movimiento obrero.

Viajé mucho a través de todos los Estados Unidos, lo que me permite tener una visión directa de lo que acontece. Podría decir muchas cosas sobre lo que he visto en los U.S.A. y que contradice netamente lo que cuenta la prensa europea. Quisiera decir a mis camaradas europeos -a mis hermanos y hermanas en Italia y fuera de ella- que las gentes de los U.S.A. no están dispuesta a deslizarse hacia la derecha. A pesar de la elección de Reagan, hay un profundo descontento entre la población, los debuts de un movimiento contra la militarización, de un nuevo radicalismo social que se extiende a la ecología, al feminismo, a los movimientos de colonias en las ciudades.

Los norteamericanos son "naturalmente" libertarios. Toda la tradición social de Estados Unidos, desde la revolución hasta nuestros días, siempre ha valorizado los derechos del individuo, la autonomía personal, la descentralización, y un odio claro al Estado.

Durante años, esta tradición libertaria ha estado sumergida por formas sociales importantes por los inmigrados alemanes, hebreos, rusos y españoles. Durante años, las ideas de izquierda ha sido desarrolladas en una lengua que la mayor parte de los americanos no comprendía y en formas importadas de Europa. Pero esta inmigración se ha detenido hace mucho tiempo, y los inmigrados ellos mismos han comenzado a desaparecer. Quizás esto parezca dramático, esto nos lleva a afrontar, los unos y los otros, esta realidad a desarrollar nuestras ideas en inglés, no en alemán, italiano, hebreo o ruso,no en términos marxistas, leninistas, o, añadiría yo, que se sirven de los pensamientos de Mao-Tse-Toung o de Ho-Chi-Minh. Debemos ahora amparamos de nuestra tradición -como todos deberán hacerlo- y revelar su contenido revolucionario. Si mis cincuenta años de vida me han enseñado alguna cosa, es primero, que el mundo ha cambiado profundamente desde la época histórica del movimiento obrero; segundo, que el anarquismo no es solamente un cuerpo de ideas, una ideología "congelada" definida una vez por todas por sus susodichos "fundadores", sino ante todo un movimiento social que tiene su vida en la acción real de las gentes; y, en fin, que debemos buscar las raíces del anarquismo en las tradiciones específicas de cada pueblo, y no en las ideas inventadas en las academias e impuestas por los lastres de culturas completamente diferentes o por situaciones sociales ajenas. Esta sensibilidad en vez de lo único, la variedad y la diversidad es, a mi modo de ver, la forma de internacionalismo revolucionario más elevada, porque ella permite la creatividad cultural, social e histórica, y no deja lugar a la homogeneidad y la uniformidad totalitaria.

Algunas reflexiones

Reproducido de "Inquietudes, Tierra y Libertad", México, D. F. julio 1986.

En mi fuero interno siempre he advertido una estrecha interacción entre los acontecimientos europeos y los de Estado Unidos. Se mezclan en mi memoria los recuerdos de las grandes huelgas de "brazos caídos" de los Estados Unidos en los años treinta y los de la huelga general que estremeció a Francia en 1936. Mi decepción con respecto al movimiento comunista de entonces se nutre tanto de su traición durante el gobierno Blum, como de su traición bajo la administración Roosevelt. Sobre todo me parece totalmente imposible evocar los años treinta sin referirme a España, que fue a la vez el jardín de nuestras mayores esperanzas y el cementerio de nuestras más tenaces ilusiones. Allí fue en efecto, donde dio sus mejores frutos el socialismo proletario antes de caer lamentablemente en el saco de la historia, al igual que todo su legado de teorías y organizaciones.

También he tenido la suerte de participar plenamente en los movimientos de los años sesenta en Estados Unidos -el movimiento de derechos civiles y el movimiento contra la bomba a principios de la década, después el incremento de la contracultura y finalmente, las enormes manifestaciones contra la guerra, la búsqueda de formas de vida comunitaria y la huelga estudiantil que prácticamente paralizó a toda la universidad del país a raíz de la matanza de Kent-. Ahora bien, tales acontecimientos se unen estrechamente en mi pensamiento a los europeos, y en particular a los franceses... Cuando lo que estaba ocurriendo en Francia en mayo-junio de 1968 repercutió plenamente en Estados Unidos tuve que reprimirme con todas mis fuerzas para no cruzar de inmediato el Atlántico. De hecho, a la primera ocasión, viajé a París -con tiempo no obstante, de asistir a los enfrentamientos de la noche del 13 de julio-. Me quedé allí varias semanas y, mientras el asfalto iba sustituyendo al adoquín y desaparecían los carteles, interrogué con pasión a mis viejos y nuevos amigos sobre tan excepcionales acontecimientos. Si, a mi juicio, España ha constituido el "paradigma" de las revoluciones proleta-

rias tradicionales legadas por el siglo pasado, mayo de 1968 se me aparece, bajo muchos aspectos, como un "paradigma" para cualquier proyecto de transformación social venidero. Consciente, y a veces inconscientemente, he relacionado siempre los problemas de Estados Unidos con los de Europa o he considerado que prefiguraban la evolución que tarde o temprano habría de seguir el viejo continente.

Funciona hoy un colosal aparato ideológico para propagar el mito de que los años sesenta "se dan ya por terminados", y que sus esperanzas, sus sueños y sus ímpetus se han desvanecido sin remedio. Hay que rebatir enérgicamente esta ficción. No sólo los compromisos de los años sesenta se han integrado a los cimientos culturales de Francia y Estados Unidos, sino que -lo que aún es más importante- los problemas que se plantearon entonces -la ecología, la organización social, la vida cotidiana, la nueva sensibilidad y la nueva política revolucionaria- an adquirido una gravedad y una urgencia mayores aún que hasta entonces. Los temores y cautelas que otros escritos míos expresaban no sin ciertas vacilaciones, han alcanzado una vigencia escalofriante incluso para su autor. Los recientes cálculos de la Organización Mundial de la Salud, según los cuales el 85 por ciento de los casos de cáncer vienen hoy provocados por el medio ambiente (y, en mi opinión, la proporción real debe ser aún de importancia netamente superior), han confirmado plenamente la publicación de una estadística verdaderamente siniestra: la tasa de crecimiento anual del cáncer en Estados Unidos.

Regularmente los periódicos considerados "responsables" informan de sucesivos y recientes descubrimientos de propiedades cancerígenas en los compuestos alimenticios nuevos o viejos, o sobre la difusión casi permanente de desechos radioactivos en el medio ambiente, o de la agravación de la contaminación atmosférica y de las aguas, de las agresiones masivas contra el medio ambiente que amenazan la entidad de las estaciones anuales y la meteorología local o, finalmente, sobre los apocalípticos trastornos de las condiciones atmosféricas y climáticas que minan los fundamentos materiales de nuestra civilización. Semejantes informaciones ya no proceden únicamente de unos cuantos individuos aislados sino de la comunidad científica reconocida; no se presentan ya como hipótesis a largo plazo sino como probabilidades inminentes.

El proceso de dislocación masiva de nuestras relaciones con la naturaleza encuentra su correlato en ese otro proceso de disolución que impera ya dentro de la sociedad. Un vacío social, ilustrado por la crisis de la ciudad de Nueva York, se está abriendo cada vez con mayor amplitud, en Estados Unidos y probablemente también ahora o más tarde, en Europa. A la "deslegitimación" de las instituciones, ha seguido su degradación material fatalmente irreversible. En las zonas urbanas (otrora campo abonado al desarrollo de las instituciones civiles y regionales), la instrucción, los transportes, la limpieza y hasta la policía, tienden a escapar al control estatal. En muchas regiones de Estados Unidos, la gente no confía ya, a este respecto, en instituciones totalmente malogradas. Los padres, en número rápidamente creciente, envía a sus hijos a colegios privados o se forman grupos de ciudadanos para ocuparse de la vigilancia del propio barrio. Pocos estadounidenses quedan que consideren al Estado en algo más que un parásito político que vive a su costa.

La "desinstitucionalización" a la que estoy aludiendo en estas reflexiones se ha hecho realidad; y esto ha sobrevenido de forma tan gruel, que esa realidad afecta y corrompe lo que era "lúdico" o "teatro" en los años sesenta. Durante tales años no sólo se plantearon los problemas que hoy nos aquejan, también se produjo un alivio estético a estas realidades a través de la renovación de la música, la poesía, el teatro y la vida comunitaria, y se creó una inocente mitología destinada a colmar el foso entre un orden social asfixiante y la subjetividad de una juventud en plena liberación. Las cuestiones suscitadas por la juventud de los años sesenta eran atinadas; si las confrontamos con las realidades actuales, parecen incluso premonitorias y detentadoras, en cierto modo, de una pureza teórica.Igual ocurre con las soluciones esbozadas, por ejemplo: la sensibilización ante la ecología y la práctica que de ella se deriva, el modo de vida comunitaria, las

relaciones no jerárquicas, la liberación de la subjetividad e, incluso, una especie de "comunismo primitivo". Nada de todo esto era falso ni fantasioso, únicamente incompleto y fragmentario. Los problemas y la búsqueda de soluciones se nos presentan hoy bajo un enfoque muy decepcionante que mal podríamos columbrar pocos años atrás. Una sensación de impotencia nos impide reanudar la línea rota con la matanza de Kent y romper con la privatización de nuestra existencia. No podemos contentarnos con mitos para salvar el vertiginoso abismo que separa al problema de su solución. Una concepción coherente, un sólido principio de realidad, unos instrumentos eficaces y, en particular, una práctica libertaria organizada se hacen indispensable si queremos intervenir en la crisis de nuestra época.

Y no es descabellado pensar que la inocencia de los años sesenta esté ya abocando en una maduración semejante. No creo que los tiempos en que vivimos hayan superado los problemas ecológicos, sociales y culturales planteados hace veinte años; más bien creo que la razón, la flexión y la coherencia de ideas están recibiendo una nueva valoración. Es inevitable que algún día -si es que no ha empezado ya- se acumule una nueva energía y se desprendan nuevos ejes de expresión. Es evidente que no se eliminarán, así como así, los problemas del hundimiento ecológico; problemas que amenazan con demoler, a la manera de un ariete, la totalidad del edificio social -no como "movimiento ecológico" sino como fuerza natural-. No podemos "superar" ni "ignorar" ni "recuperar" los problemas de esa índole. Por otra parte. una prueba de la viabilidad de las soluciones libertarias, tan populares durante los años sesenta, es que esta época no haya engendrado, al menos en Estados Unidos, un movimiento marxista-leninista substancial, sino sólo algunos grupúsculos profundamente escindidos. De hecho, ideas como las de descentralización, tecnología orientada hacia la ecología y relaciones no gerárquicas en todos los aspectos de la existencia, inpregnan la mentalidad americana más hondamente de lo que pudieran hacerlo diez años antes. Lo positivo del actual período es su exigencia de contrastar con la realidad los sueños de los años sesenta. Este contraste se

va efectuando calladamente en Estados Unidos y probablemente en Europa. Casi medio siglo de compromiso político me autoriza a juzgar hasta qué punto la época actual difiere de los años treinta, hasta qué punto ha evolucionado la actitud de la gente con respecto al trabajo, la sexualidad, la jerarquía, la vida pública: hasta qué punto, en fin, dicha gente se ha hecho sensible a las más sutiles formas de dominio. Mi percepción personal de la historia refuerza mi convicción de que hoy sólo se ha modificado el ritmo de la progresión, pero no su sentido, y que continúa extendiéndose la definición de libertad.

La noción de escasez connota ansiedad, sensación de inseguridad y mentalidad competitiva consustanciales a la insuficiencia de recursos indispensables para el mantenimiento de la vida. Por tal motivo, cuando afirmo que nos hallamos en el umbral de una "sociedad de "postescasez" no me apoyo únicamente en los procesos tecnológicos que han caracterizado la época reciente sino también en la desvalorización del trabajo penoso (¡y no del trabajo creador!), de la producción cuantitativa y de las necesidades ficticias (en la consideración de esta desvalorización de la contracultura se ha distinguido netamente de la ideología dominante). La actual crisis dominante no ha disminuido en nada, a mis ojos la importancia de la noción de "rebasar la escasez" como condición previa para la liberación del hombre, ni ha modificado mi convicción de que una mentalidad que "rebase la escasez" sigue propagándose ampliamente. El actual debate sobre los "límites del crecimiento" y sobre "la disminución de recursos" soslaya el problema en la medida en que ignora el hecho de que un trabajo mínimo bastaría para satisfacer las necesidades humanas. Este debate, con los sermones moralistas queorigina camufla la desagradable realidad de aceptar que vivimos en un sistema que tiene por ley el "producir por producir" y el "consumir por consumir". En la medida en que este debate sedesarrolla exclusivamente enel terreno moral y se niega a examinar cualquier análisis revolucionario y cualquier cambio de sociedad desempeña únicamente una función siniestramente ideológica, en particular la de congelar la agitación social presentando las "penurias", las restriccio-

nes y la inseguridad como una consecuencia de "fuerzas naturales" incoercibles.

Mi segunda puntualización alude a la idea errónea de que la importancia que dan mis textos a la noción de un "después de la escasez" y a la tecnología avanzada límite al mundo occidental el campo de amplicación posibles de las ideas quecontienen. Esta crítica es sustancialmente resultado del error de interpretación que denunciaba antes y que consiste en asimilar la "postescasez" a la abundancia y el consumo. La nueva tecnología o "ecotecnología", por usar una palabra que acuñé, hace ya algunos años, estudiada en *Hacia una tecnología liberadora*, es tan válida para el "tercer mundo" como para el "primero". Veamos algunos ejemplos: las concentraciones más intensas de poblaciones de Asia, Africa y América Latina se sitúan en lo que suele denominarse la "zona del sol", es decir, en las latitudes que permiten utilizar con mayor eficacia la energía solar para la producción de electricidad y aprovechamiento del calor. Asimismo será la agricultura biológica la que, con vistas al cultivo, facilite una mejor conservación de los suelos casi siempre lateríticos de esta zona. Aplicados al "tercer mundo", los métodos industriales y agrícolas de Europa tienen unos efectos muy destructivos, tanto ecológicamente como cultural y económicamente. Nunca me cansaré de insistir en la urgencia con que debemos reconsiderar y reorientar radicalmente nuestras concepciones en materia de desarrollo técnico, y esto, no sólo por lo que atañe a Occidente, también por lo que respecta a los llamados países "subdesarrollados". Nada tiene de extraño que las experiencias realizadas en el "tercer mundo" hayan servido de arranque para los trabajos más populares sobre "tecnología suave" o "tecnología intermediaria" -expresiones que me irritan en la medida en que no sólo me intereso por las características materiales de las técnicas sino, sobre todo, en sus raíces sociales, sus implicaciones económicas y sus consecuencias culturales-. Tuve ocasión, hace ya mucho tiempo, de insistir en el interés que revisten estas técnicas para Asia, Africa y América Latina.

No creo que tenga mucho sentido hablar hoy de "ecología natural" sin ocuparse debidamente de la circunstancia de que naturaleza y sociedad humana se hallan fundidas indisolublemente en una "naturaleza humanizada". Para bien o para mal, no hay ecología que no refleje la influencia del hombre. Desde el otro punto de vista, tampoco hace falta explicar hasta que punto participa el hombre de la naturaleza, salvo para recordar la fragilidad de nuestro universo frente al desquite de la naturaleza. Tal como subrayo en algún otro lugar, no podría haber "ecología natural" sin "ecología social". Si el primordial objetivo de la "ecología social" (en la medida en que ésta conserve su poder de crítica radical) consiste en armonizar la relación de la humanidad con la naturaleza, sólo logrará alcanzar tal objetivo si armoniza al mismo tiempo la relación del hombre con el hombre, o sea si apunta a una "sociedad ecológica". Supone ésta una "ecotecnología" de la "postescasez", de las "ecocomunidades" descentralizadas y evidentemente una estructura que excluya las clases y la explotación. Profundizando más todavía, tal como explico en una obra hace poco aparecida, -*The Ecology of Freedom*-, una sociedad ecológica supone el fin de la jerarquía y de la dominación en todas sus formas. Podrá entonces, adquirir el término su total significación. Habiendo superado las clases, atañerá a las jerarquías; habiendo superado la explotación, atañerá a la dominación.

Nosotros, Los Verdes.

Nosotros los Anarquistas

El presente trabajo fue enviado por su autor a un comicio ecologista; celebrado en Italia con la intención de crear un partido verde similar al existente en Alemania. Traducido por Mireya Viadiu Llarraza del italiano para "Inquietudes", "Tierra y Libertad", lo publicó en México D.F., mayo, 1988.

Hoy nuestra relación con el mundo natural está atravesando una fase crítica que no tiene precedentes en la historia de la especie humana. Recientes estudios sobre el "efecto invernadero", llevados a cabo en los Estados Unidos, demuestran que debemos encontrar urgentemente el modo de dominar el porcentaje de monóxido de carbono presente en la atmósfera. En caso contrario, no tan sólo se verificarán graves cambios climáticos, sino que la misma supervivencia de nuestra especie se verá en peligro.

No es tan sólo un problema de contaminación por los venenos con que nos alimentamos. La alteración de grandes ciclos geotérmicos podría acabar con la vida humana en este planeta. En lo que a mí respecta, estoy consciente de la necesidad de la acción inmediata para detener los procesos que están deteriorando al planeta. Soy completamente solidario con muchos ecologistas, y en los últimos treinta años he estado empeñado cotidianamente en actividades en defensa del ambiente, contra las centrales nucleares, la construción de nuevas calles, la destrucción del suelo y el uso masivo de pesticidas y biocidas, para promover el reciclaje y para un crecimiento cualitativo, no sólo cuantitativo.

Estos problemas ambientales me han preocupado durante decenios, al igual que me preocupan hoy. Estoy de acuerdo con ustedes sobre la necesidad de bloquear los reactores nucleares y de poner fin a la contaminación de la atmósfera, los terrenos acrícolas, los cultivos; en suma, de liberarnos de los venenos que se han estado difundiendo sobre todo el planeta y que representan un riesgo para la sobrevivencia de nuestra especie.

Comparto todo esto con ustedes, pero quisiera, antes de proseguir, señalar que es esencial ir siempre más adelante, porque

no podemos continuar poniendo una pieza aquí y otra allá. Acaso alguna vez hayamos tenido éxito al provocar el cierre de una planta que contaminaba la atmósfera, pero ¿ante qué cambio nos encontramos? ¡Ante una central nuclear! Vivimos en un mundo basado en intercambios, en contrapartidas, y nos conducimos consecuentemente con ello. Pero en definitiva, pasando de un mal a otro menor, obtenemos el peor resultado. No es sólo una cuestión de plantas para la producción de energía, por muy importante que ello sea; ni tampoco de automóviles, por muy relevante que sea el problema de los desechos contaminantes; ni tan siquiera de los daños que provocamos a la agricultura y del congestionamiento y contaminación de los centros urbanos.

El problema es otro: estamos simplificando el planeta; estamos disgregando los ecosistemas que se han formado a través de miles de millones de años. Estamos destruyendo las cadenas alimentarias. estamos rompiendo las relaciones naturales y retrotrayendo el reloj evolutivo millones de años, quizá en miles de millones, al tiempo en que el mundo era mucho más simple y no apto para mantener la vida humana.

Una visión más coherente del mundo

Pero no se trata tan sólo de tecnología, por muy importante que sea el control tecnológico. En verdad necesitamos una nueva tecnología. Necesitamos una tecnología basada en la energía solar y eólica, así como nuevas formas de agricultura. No existe duda sobre esto, todos estamos de acuerdo. Pero existen problemas de fondo muchísimo más graves que los creados por la tecnología y por el desarrollo moderno.

Debemos ir a la raíz misma del desarrollo. Y ante todo debemos regresar a los orígenes de una economía fundada en el concepto de "crecimiento", y no una economía de mercado, que promueve la competencia y no la cooperación, que se basa en la explotación y no en el vivir en armonía, y cuando digo vivir en armonía me refiero no tan sólo con la naturaleza, sino también con la gente. Debemos tender hacia una nueva sociedad ecológica, que cambie desde la cima hasta el fondo, o al menos que transforme radicalmente nuestras relaciones más importantes. Mientras vivamos en un régimen económico fundado en la centralización, en una sociedad que tienda a la conquista y a la superchería, basada en la jerarquía de dominación, no haremos otra cosa que agravar el problema ecológico, independientemente de las concesiones que logremos obtener. Por ejemplo, en California se concedieron algunos acres de secoyas, pero a continuación abatieron todo un bosque. En Europa se están comportando de la misma manera. Prometen terminar o reducir la lluvia ácida, pero ésta continúa. Se comprometen a introducir en el comercio alimentos naturales menos contaminados

por los pesticidas, y en efecto el volumen del veneno disminuye, pero el poco que resta está constituido por pesticidas más mortíferos.

Nuestro problema no reside tanto en mejorar el ambiente, bloquear las centrales nucleares, impedir la construcción de nuevas calles, la expansión y sobrepoblación de las ciudades, la contaminación del aire, del agua y de los alimentos. La cuestión que debemos afrontar es más profunda, más capital.

Tenemos que llegar a una visión del mundo más coherente. No debemos pensar en proteger a las aves y dar al olvido las centrales nucleares, ni tampoco luchar contra las centrales nucleares descuidando las aves y la agricultura. Debemos alcanzar a comprender los mecanismos sociales y hacerlo de una manera adecuada. Debemos encuadrarlos en una visión coherente, lógica del mundo, que prevea a largo plazo una transformación radical de la sociedad y de nuestra sensibilidad. Hasta que no obtengamos esta transformación, las ventajas que logremos serán de poca monta. Venceremos en alguna batalla, pero perderemos la guerra; mejoraremos en algunos aspectos, pero no obtendremos una auténtica victoria.

Hoy, en el momento culminante de una crisis ambiental que amenaza nuestra propia supervivencia, debemos perseguir el objeto de una transformación radical fundada en una visión armónica, que tome en cuenta todos los problemas. Las causas de la crisis deben resultar lógicas y claras, de manera que todos -nosotros incluidos- las podamos comprender. En otras palabras, todos los problemas ecológicos y ambientales son problemas sociales; problemas sociales relacionados fundamentalmente con una mentalidad y sistema de relaciones sociales basados en la dominación y, en su raíz, en la jerarquía. Estos son los problemas que impone hoy la difusión masiva de la tecnología.

Ninguna dádiva del Estado

¿Qué deben hacer entonces los verdes? Ante todo tenemos que esclarecer las ideas. Debemos evidenciar la relación existente entre los problemas ecológicos y los problemas sociales. Debemos demostrar que una sociedad fundada en la "economía de mercado", en la explotación de los denominados recursos naturales y en la competencia, terminará por destruir el planeta. Tenemos que hacer todo lo posible para que la gente entienda que si queremos resolverde manera definitiva el problema de nuestras relaciones con la naturaleza, tenemos que ocuparnos de las relaciones sociales. pero la gente debe entender también que todo ello debe fundarse en una visión coherente del mundo, no sólo basada en un análisis y crítica, sino también en soluciones: a alto nivel político, personal, histórico. Ello significará dar, de nuevo, fuerza al pueblo.

Debemos crear una cultura política con "visión libertaria", y no limitarnos a confeccionar un proyecto para que lo ejecute el Estado. Debemos crear una cultura política que permita a la gente participar autónomamente de tal tipo de economía, de sociedad y de sensibilidad.

En el movimiento feminista se comienza a discutir sobre la dominación entre hombres y mujeres, trayendo a colación la estructura misma de la familia. En los movimientos comunitarios se habla de la "medida del hombre", de "reforzar los barrios", las comunidades, las regiones. Estos son los problemas más importantes sobre los que se discute en los Estados Unidos. En lo que respecta a la tecnología, no debe preocuparnos tan sólo que sea más eficiente y renovable; sino que debemos tender a una tecno-

logía creativa, que no solo haga el trabajo más creativo, sino que contribuya a mejorar el mundo natural a la vez que el modo y calidad de nuestras vidas.

Pero todo ello no nos vendrá de arriba. No será una dádiva del Estado. No podrá quedar en una ley promulgada por un parlamento. Debe ser el fruto de una cultura popular, de una cultura política y ecológica difundida entre el pueblo. Por ello no debemos únicamente elaborar estrategias para cambiar la sociedad a través de diversas organizaciones: debemos elaborar estrategias anarquistas que permitan al pueblo, a la gente, participar en el proceso de transformación social, porque de no ser la gente quien cambie la sociedad, no tendrá lugar ninguna verdadera mutación.

Cuando hablamos de ecología, hablamos de participación en el mundo natural. Decíamos que nosotros, en tanto que seres humanos, compartimos la esfera de la vida con todos los seres vivientes, y en ella tratamos de instaurar un sistema de relaciones que nos haga *partícipes* del ecosistema, no sus dominadores o explotadores. Pero yo os pregunto, amigos míos: si queremos ser "verdes" y "reverdecer el planeta", ¿cómo podemos hacerlo sin "reverdecer" también a la sociedad? y si queremos "reverdecer" la sociedad, ¿cómo podemos pensar en una participación en el mundo natural que no presuponga la participación popular en la vida social?

Si sólo quisiéramos conquistar el poder y cambiar la sociedad, fallaríamos, os lo garantizo. No tan sólo eso: es muy probable que a alguno de nosotros, por muy bien intencionado y de buena fe que sea, el poder nos terminara por condicionar emotiva y psicológicamente. Les ha sucedido a algunos de mis mejores amigos entre los verdes alemanes, bien intencionados y de muy buena fe, sehan encontrado en el parlamento tratando de formar coaliciones, pactando e intentando emplear el poder desde arriba. De una u otra forma se han convertido en líderes espirituales aspirantes al poder. Ahora razonan en términos de mal menor, siempre del mal menor, de males siempre menores, que al final los conduce al peor de los males. Esto es lo que la historia nos ha enseñado desde siempre.

Verde profundo

Ya es hora de que nosotros -los verdes- propongamos una visión libertaria, una visión anarquista que conduzca a la gente hacia un Movimiento Verde en el cual se pueda ser realmente un verde en el sentido más profundo del término. Un movimiento en el que no nos limitásemos a llevar a cabo un proyecto verde coherente, que englobase todos los problemas en un programa y en un análisis común, sino un movimiento en el que la gente sea en definitiva el principal protagonista. En suma, debemos instaurar una sociedad libertaria y eco-libertaria. Esto es lo que nos han enseñado las experiencias alemanas y estadounidense. También aquí, en los Estados Unidos, algunos movimientos han tratado de conseguir objetivos verdes actuando desde arriba a través de leyes, y siempre se han visto obligados a ceder, abandonando una posición tras otra.

Con ello no quiero decir que no debamos empeñarnos en lograr cambios que puedan retardar o bloquear la disgregación de la sociedad actual y del mundo natural. Sé bien que no tenemos mucho tiempo a nuestra disposición. Los problemas son reales. También concernirán a las dos próximas generaciones, y tal vez estas dos próximas generaciones no sean las decisivas para lo que concierne a la supervivencia de nuestra especie y la conservación de nuestro hábitat y de nuestro planeta. Sin embargo, si no somos capaces de dar a la gente una imagen unitaria, una visión práctica y ética al mismo tiempo, que responda a su sensibilidad, ¿sabéis quién se hará cargo del problema? La derecha, los reaccionarios.

Hoy, en Norteamérica, la derecha se califica como "mayoría moral". Dice: "Volvamos a dar significado a la vida. Volvamos a

dar significado a las relaciones humanas". Y, desgraciadamente, lo que resta de la izquierda no hace otra cosa que hablar de progreso, de centralización y de las mismas cosas de siempre que el socialismo nos ha suministrado desde hace ciento cincuenta años hasta nuestros días. Ante todo debemos reconquistar ese terreno en que la gente busca la Verdad y no tan sólo la supervivencia; un modo de vida fundado en la calidad y no tan sólo en la cantidad. Y debemos contar con un mensaje coherente que ofrecer; sobre todo un mensaje que se dirija a la base de la sociedad, que la haga partícipe, que indique qué cosa quiere decir ser ciudadano y participar, decidir con autonomía. En otras palabras, tenemos que elaborar una nueva política; una nueva política verde que reemplace la vieja política autoritaria y centralista, fundada en las estructuras de los partidos y de la burocracia. Esta es la lección más importante que tenemos que enseñar. Si no lo logramos, los viejos movimientos tradicionales engullirán a los movimientos verdes.

El objetivo principal se desvanecerá frente a los objetivos a corto plazo. Los compromisos de los males menores nos llevarán a males aún peores. La gente dirá: "¿Qué es esto sino la acostumbrada vieja política?"; "¿Qué cosa es, sino la misma burocracia?"; ¿Qué cosa es, sino el mismo viejo parlamentarismo de siempre? "¿Por qué debemos votar por los Verdes?","¿Por qué debemos apoyar a los Verdes?","¿Por qué no seguir dando mi apoyo al CDU o al Partido Comunista o a cualquier otro partido que garantice resultados inmediatos, satisfacciones inmediatas?" Nuestra responsabilidad como Verdes, tanto en Europa como en estados Unidos, en Alemania como en otras partes del mundo, y sobre todo en Italia, en vista de que ahora estáis comenzando, es sacar provecho de lo que ha sucedido en los últimos cinco o diez años.

Debemos darnos cuenta que es necesario sustituir la vieja política tradicional de partidos por una política verde; que es necesario comprometerse a nivel de base en la propia comunidad; que es necesario elaborar análisis que vayan más allá del puro ambientalismo ymás allá de los problemas también importantes con los que luchamos cotidianamente (los pesticidas, la energía nu-

clear, Chernobyl). Debemos convencernos que esta sociedad no sólo es dura e insensible, sino que sus propias leyes vitales prevén la destrucción del planeta y de las bases para la supervivencia de la especie humana. Debemos proponer estas nuevas alternativas, estas nuevas instituciones fundadas en una democracia local, en la participación local que puede constituir un nuevo poder contra el Estado centralizado; que pueda constituir igualmente un nuevo sistema de relaciones sociales, en el cual un número siempre en aumento de personas tome parte activa en una política realmente libertaria, en lugar de la corrupta y ya repudiada política de partido, que hace a las personas cínicas, indiferentes, siempre más encerradas en su propia esfera privada.

Modo de transición

Permitidme concluir con una última consideración. No estamos luchando solamente para mejorar nuestras relaciones humanas. Al igual que el sistema de mercado, también el sistema capitalista continúa simplificando no sólo la compleja obra de millones de años, sino también el espíritu humano. Está modificando el espíritu mismo de la humanidad; está privándolo de la complejidad y de la plenitud que contribuyen a formar la personalidad creativa. Por eso nuestra nueva política no debe plantearse como único objetivo salvar al planeta sino crear una sociedad verde, ecológica, con carácter libertario y una alternativa política a nivel de base.

Existe asimismo otro punto en juego: si no se pone fin a la simplificación del planeta, de la comunidad y de la sociedad, arriesgamos simplificar con el espíritu humano a tal punto (con inmundicias tipo *Dallas* y *Dinastía* y otros programas de televisión) que también se producirá la disminución del "espíritu de rebelión", el único capaz de promover un cambio social y de "reverdecer" el planeta. Hoy vivimos en un momento de transición, no sólo de una sociedad a otra, sino de una personalidad a otra.

El anarquismo en nuestro tiempo

Conversación con Murray Bookchin

Entrevistamos a Murray en 1981, en Vancouver mientras acababa su nuevo libro, La ecología de la libertad, publicado por Cheshire Books, 514 Bryant St., Palo Alto, Ca. 95301. Muchos de los temas que se discutieron en esta entrevista son tratados más ampliamente en esa obra y en sus libros Post Scarcity Anarchism y Hacia una sociedad ecológica, ambos disponibles en Black Rose Books, 3981 boul. St. Laurent, Montreal, Quebec (Dls. 8.95 c/u). Murray también ha impreso un noticiero, Comment, que se puede obtener en P. O. Box 158, Burlington, VT 05402 (Dls. 5 por 6 ejemplares).

Entrevista publicada en Open Road, traducida del inglés por Ismael Vladiu Ródenas para el número 444 extraordinario, del periódico "Tierra y Libertad", Mexico D.F. Mayo, 1983.

Open Road. ¿Cómo le fue en su gira de 1981 por Europa?

Bookchin. Estuve allí apenas seis semanas. Primero en Holanda, donde vi el movimiento de ocupación habitacional; en la actualidad se halla más o menos calmado. Aparentemente cuenta con la simpatía, por lo menos en Amsterdan, de la mayoría de la ciudadanía común. A continuación fui al norte de Bélgica. Lo más importante: recorrí Alemania, estuve en Frankfurt, y luego fui a Freiberg, donde el movimiento juvenil es particularmente activo. Di una charla en el centro juvenil autónomo AJZ. Tam-

bién visité la villa, en los aledaños de Frankfurt, que fue creada en el bosque por la gente que procura detener la ampliación del aeropuerto de la ciudad.

El hecho que más me sorprendió fue ver la "A" circulada en todas partes. Donde quiera había una "A" aislada con un círculo a su alrededor, como en la palabra "banco", circularon la "A". Asimismo me sorprendió la naturaleza constructiva de sus actividades. La mayoría de éstas, de las que tuve noticias se vienen desarrollando fuera de las ciudades muy grandes, puesto que éstas son básicamente inmanejables: en aquellas de menores dimensiones uno se siente más capaz de intervenir y controlar. En Freiberg, que es casi una población medieval, o en Nuremberg, se hallan los auténticos centros del movimiento juvenil.

En el caso del aeropuerto, realizaron un hecho increíble; construyeron casas en el bosque que iba a ser talado para la ampliación del aeropuerto. Poseen casas de madera, sembradíos, cocinas, centros de reunión: reunido todo en un solo lugar. Y cuentan con el apoyo de la comunidad.

Open Road. ¿Ello es principalmente producto de organización o hay un gran fondo tras tales actividades?

Bookchin. Existe un muy grande contexto envuelto en todas las cosas que están sucediendo en la Europa que yo vi. El contexto que lo comprende todo conforme con la actualidad, ello existe en varios niveles, es un amplio sentimiento en Europa, particularmente en Alemania, de que Estados Unidos van a librar su próxima guerra mundial en Europa. Y lo que esto significa para Europa es absolutamente terrorífico. Existe un tremendo sentimiento público contra la importación de misiles norteamericanos en Europa occidental en general, y en Alemania en particular, que se supone será el principal centro de tales misiles. Ese es el principal sentimiento que existe. Es tan fuerte que casi acaba con el Partido Socialdemócrata alemán.

Dado que se trata de gente joven, muchos de ellos son del medio obrero, pero diferentes a de los años sesenta; en su mayoría del medio mismo, pero que tan sólo querían su propia superación. Ellos han sido denominados la "generación sin futuro" por

los periódicos norteamericanos. Están justamente encolerizados con el mundo entero, en tanto las cosas permanezcan como están en este momento.

Open Road. ¿Es ésta la gente que pinta la "A" anarquista por todas partes?

Bookchin. No lo sé. Sé que quienes pintan esas "A" no son anarquistas en el sentido anarquista de la FAI en Italia o en España. Los españoles o italianos de la FAI no sabrían qué hacer con esta gente. Estos son en apariencia muchachos salvajes; rompen ventanas, fuman marihuana, oyen música de *rock and roll,* no son obreros, sus relaciones no son muy estables. A muchos anarquistas tradicionales, les parecerían más bien rufianes, jóvenes rebeldes, nihilistas. Pero su actitud no es tan sólo la del nihilismo, que es la impresión que dan; ellos también quieren crear su propio espacio. Es un intento para obtener un espacio libre. Permítanme presentarlos de esta manera: en Holanda irrumpieron con la lucha por los derechos de alojamiento al espacio libre, no tan sólo a alojarse en casas gratis. Y miles de jóvenes procuran establecer centros juveniles autónomos, sin ningún control. Para ellos es un asunto de su propia cultura, por sus propios medios. Con una ola de tipo musical, punk, rock y otras corrientes opuestas a la cultura oficial del mundo adulto.

Hay dos cosas interesantes acerca de los centros juveniles autónomos. La primera de ellas es que son extremadamente libertarios; existe, por ejemplo, un micrófono de uso general en Zurich en el centro juvenil, y varios miles de personas, en ocasiones probablemente unas tres mil, se reúnen y por medio del micrófono dicen todo lo que se les ocurre. Y esencialmente su actuación, favorable o desfavorable, es sin intermedio de ningún dirigente o comité que encauce la reunión, y han logrado hacer algo, obtienen cosas. Asíes su primer aspecto, la dimensión extremadamente libertaria de suorganización, es un hecho real, y tiene lugar una vez a la semana, por lo menos en tanto estuve allí.

La segunda cosa que impresiona fuertemente es la manera cómo sus centros juveniles autónomos han sido organizados, cómo han logrado reunirlos de manera efectiva. Tienen cafeterías, ser-

vicio de comedor, proveen alojamiento para la gente, tienen centros de reunión, tiendas de artesanía. En Freiberg poseen una organización muy elaborada, de carácter básicamente anarquista. Hablé con el grupo de Freiberg en su centro juvenil, que había sido donado por un individuo, porque el que habían levantado con su propio esfuerzo estaba completamente ocupado por la policía local y se hallaba cercado con alambradas de púas, se veía como una fortaleza militar. Empleaban casi todoel espacio que poseían con objetivos culturales, no simplemente para reuniones musicales, sino también para la alimentación y artesanía, carpintería y vidriería para hacer ventanas. Habían rehabilitado y trabajado en él. La mayoría de los lemas eran de carácter estimulante, como numerosos "Somos AlucinAntes", "Somos grAndes", "Somos mArAvillosos", todas con grandes "A".

Dado que la mayoría de los gobiernos en el poder son socialistas y marxistas, por lo menos en su origen, identifican al marxismo y la gente que se hizo marxista en la década de los sesenta, con el Estado y con la sociedad oficial. En pocas palabras, no hay que convencerlos sobre el anarquismo puesto que han visto el socialismo en acción por lo menos en sus formas socialdemocrátas. Así que identifican tanto a Marx como al marxismo y a los marxistas, con la sociedad oficial. Han dado un salto mucho mayor que el que hemos dado nosotros.

Así que creo que es importante hacer nuestro su mensaje; en primer lugar, ver cómo este movimiento ha abarcado desde la posesión de domicilios hasta el espacio libre; en segundo lugar, que se ha desarrollado una cultura juvenil incontrolada, básicamente la propia clase trabajadora, y en tercer lugar, enfatizar su aspecto constructivo, no precisamente el denominado nihilista. Esta gente joven constituye la base de muchas de las actividades antinucleares, ecológicas, antimilitaristas y antibélicas que existen en Europa. Son los auténticos demostradores de que manifestándose se consiguen cosas.

Open Road. Este despertar de actividades sociales por parte de la juventud parece limitarse exclusivamente en estos momentos a Europa.

Bookchin. El hecho de que Europa todavía mantenga cierto sentimiento de comunidad les proporciona cierta ventaja sobre nosotros, los de América del Norte. Sin embargo, no estoy seguro de que ello haya desaparecido por completo en la América Septentrional; más bien creo que ha adquirido otra forma. Quiero decir que nosotros somos un continente. Los europeos, aunque también pertenecen a un continente, no piensan en términos continentales como lo hacemos nosotros, y son más localistas que nosotros. Allí existe una gran conexión. Allí existe una gran condensación. Holanda es un país de tarjeta postal. Amsterdam es una ciudad completamente incomprensible, y Frankfurt, por otro lado, que es una gran ciudad, no posee la equivalencia de lo que hallé en Zürich. Empecé a descubrir que gran parte de las cosas que suceden acontecen en zonas pequeñas. Zonas donde todavía existen ciertos sentimientos de comunidad, no tan sólo en Europa, sino también en los Estados Unidos. En Burlington, Vermont, por ejemplo, que en realidad es mi patria chica, es posible realizar cosas políticamente que son imposibles en la ciudad de Nueva York. Todo lo que sé es que no es hasta cierto punto algo accidental que muchos de los hechos culturales y de revuelta juvenil que tienen lugar en Europa acontezcan en pequeñas poblaciones.

Mi interés consiste en desarrollar un tipo de anarquismo norteamericano, propio de su tradición, por lo menos el que puede comunicarse a los norteamericanos y que toma en consideración que éstos no constituyen un pueblo extraño al marco europeo. Otra consideración es la de no hallar cuál es la localización real para desarrollar una actividad libertaria. ¿Será la fábrica? ¿La juventud? ¿La escuela? ¿La comunidad? A la única conclusión que puedo llegar con la muerte del movimiento obrero como fuerza revolucionaria (ustedes conocen la imagen de la vanguardia proletaria o la hegemonía proletaria) es la de la comunidad.

He tratado de resaltar, desde diversas perspectivas, que envuelven una amplia perspectiva ecológica tal vez, y más o menos adaptar históricamente mi pensamiento a muchas de las ideas expresadas en El "apoyo mutuo" de Kropotkin, (lo que no quiere

decir que sea kropotkiniano). Y me ha conducido hacia una idea que de hecho Kropotkin abordó magníficamente, y que por desgracia ha adquirido mala fama porque ha sido asociada con un anarquista francés, Paul Brousse, que se convirtió en un reformista. He seguido el curso de Brousse con suma atención y no tiene uno por qué necesariamente concluir en el tipo de situación en que cayó Brousse. Y es la de restaurar la imagen de la comuna, la comuna revolucionaria, la vecindad, la municipalidad, en la que las fábricas, en el mejor de los casos, deberán ser parte de la comunidad, no que las fábricas usurpen a la comunidad. Este es el anarco-comunalismo en su verdadero sentido de la palabra. Así, me gustaría creer que la acción podría ser un intento de restaurar la situación comunal revolucionaria prevalenciente en elsiglo XIX, y que creo posible hoy, más cuando reflexionamos en la tremenda crisis y división existente en las ciudades.

El objetivo debería ser básicamente procurar revivir las organizaciones cívicas, que podrían perseguir la municipalización, el equivalente de la colectivización de la industria, de la tierra, y crear asambleas en las pequeñas comunidades o numerosas asambleas federadas entre sí en las comunidades más grandes y complejas.

En cuanto al movimiento obrero, encuentro que llego a los obreros más fácilmente tratándoles como vecinos ya que al hallarme al margen de la fábrica me imposibilita la redacción de una octavilla demandándoles la ocupación, digamos, de la planta de la Ford. Esto no significa, por supuesto, que no se haga algo por el desarrollo de los movimientos obreros; pero la cuestión real estriba en si se va a tener o no una formación sindical o una orientación comunal, los lazos fabriles con la fábrica o los lazos fabriles con la gente en la comunidad. Ello se refuerza, por mi convicción de que la clase media estadounidense está desapareciendo. De hecho creo que es probable que ello suceda en gran parte de los Estados Unidos a través de la inflación, de los impuestos...

Open Road. Uno de los obstáculos para el movimiento comunal o municipal en Norteamérica bien podría ser la absoluta au-

sencia de comunidad en esta sociedad. No existe ni ha existido la menor interacción entre la gente en la vecindad.

Brokchin. Admitiendo que así sea, sin embargo el problema de revivirlo es otro hecho que debe ser discutido. ¿Cómo podemos intentar revivirlo? No puedo pensar en ningún otro plano en el cual podamos funcionar como anarquistas.

Open Road. ¿Qué hay sobre la alternativa de preferir trabajar en una comunidad geográfica existente, separándose de esa agrupación integral con sus iguales y construir una base, mejor que empezar desde adentro con todos los compromisos a los que vincularía?

Brokchin. Existe una manera de examinar el hecho. Y esta manera es empezar desde el interior, pero no en las instituciones, sino creando contra-instituciones en su propia comunidad. Supongamos que se tienen cooperativas de víveres vinculadas, posiblemente, con alternativas escolares. Esto es puramente hipotético. Ahora bien, existe gran pasividad, la gente se limita a mirar y esperar. Y existe un muy acentuado sentido de impotencia. Así, admito que si se apuntalan las instituciones que existen en este momento en Norteamérica, o por lo tanto en una gran extensión de Europa, yo estaría ciertamente de acuerdo con vosotros. No habría en tal caso cómo trabajar. Pero el asunto reside en cómo podríamos trabajar en ello o cómo podríamos intentar crearlo. Y una de las cosas que podemos intentar crear serían las cooperativas de víveres, centros de salud, femeninos, educacionales, incluso centros de protección para ancianos en zonas de elevada criminalidad. En ciertos casos, incluso en la participación en determinados servicios sociales que normalmente han sido administrados o que le competen al Estado. Tomemos como ejemplo a Estados Unidos: la administración de Reagan está dejando de lado la asistencia, toda clase de programas de seguridad; y si la gente no improvisa sus propios recursos para resolver los problemas de los ancianos, de los enfermos, de la juventud, de la pobreza, los problemas de los derechos inquilinos, ¿quién lo hará? Y aparte de esto, cabe la posibilidad de crear contra-instituciones, que no creo que por sí mismas vayan a

reemplazar a las instituciones existentes, pero podrían debilitarlas, al punto de ser útiles al desarrollo de actitudes técnicas y prácticas del autogobierno.

Open Road. Volviendo al municipalismo libertario, ¿lo que destaca en él es la creación de reuniones democráticas, descentralizadas?

Bookchin. Sí. Ustedes saben que resido en Nueva Inglaterra, y ésta posee una arraigada tradición de localismo. Lo que se conoce ordinariamente como Día de las Elecciones en la mayor parte de los Estados Unidos, se denomina en Vermont el Día de la Reunión Local. Y se efectúan reuniones locales que son en un grado u otro, activas; en las que se atestigua el vestigio de su fuerza. En ellas, por ejemplo, se rechazó la explotación de las minas de uranio en Green Mountains, en Vermont. El gobernador del Estado se vio obligado a desilusionar a quienes pretendían explotar la minería de uranio. Determinado número de reuniones locales, no muchas en número, pero por lo menos una mayoría de quienes lo tenían en su agenda, votaron por una moratoria sobre las armas nucleares. Las mismas autoridades requieren emplear medios tales como las reuniones locales. Qué satisfactorio sería si pudiéramos crear, por lo menos en Vermont, un gran poder local, que discutiera soluciones que no fueran simples soluciones inmediatas a la localidad. Podríamos plantear ampliar soluciones en estas reuniones locales y llevarlas a discusión pública, y a la vez entrelazar diversas asambleas y reuniones locales o procurar ayudar a crear y desarrollar este tipo de poder municipal local, poder comunal, con la vista fija hacia el establecimiento franco e inmediato de un cuadro o red agrícola autodirigida institucionalmente. Es posible que ello sólo sea un sueño, un ideal sin esperanza, pero no tiene sentido para nosotros incorporarnos a las fábricas. Eso es todo lo que puedo decir.

Para mí, no tiene sentido movilizarse en ciudades extremadamente grandes, como Nueva York, porque no creo que se pueda medir el peso social de una zona dado el número de personas que la ocupan. Pienso que podría calibrarse por la calidad de las preferencias políticas que comprende. Nueva York posee un tremendo número de gente, pero la calidad de sus preferencias políticas es insospechable. En contraste, en una población pequeña, encuentro que existe gran cantidad de interés social, menos sentido de poder, menos polarización en la vida económica. Más gente ha sido afectada en diversos aspectos por el hecho de que Burlington ha elegido como alcalde a un socialista y no me refiero al aspecto electoral por el momento, me refiero a lo que se han dado en llamar los impuestos que una manifestación por El Salvador en Nueva York.

Open Road. Una cosa que mencionó es el peligro de las contra-instituciones y la reforma de los proyectos. ¿No podrían ser usados para completar los servicios sociales deteriorados, al punto de oscurecer la real naturaleza del Estado?

Bookchin. Sí, podría suceder. Y es por ello por lo que creo necesario una conciencia anarquista, y la necesidad de un movimiento anarquista. No hay nada, almenos hipotéticamente, que no pueda ser asimilado incluyendo el anarquismo. He observado la profesionalización del anarquismo en determinadas universidades. No es a esto a lo que me refiero, sino a la creación de una teoría anarquista sobre la comunidad y las actividades comunitarias. No hablo de que tales cosas puedan ocurrir sin ninguna conciencia, intuitivamente, tan sólo como reacción a las cosas que el poder estatal hace. Mi sentimiento es que los anarquistas deben pensar en términos específicos. No obstante, creo en la dispersión de los anarquistas en diversas actividades locales, particularmente los muy capacitados pueden sacar periódicos y hacer un muy efectivo trabajo social, y esta tendencia precisa crear y aglutinar una opinión, es una responsabilidad. Lo que intento hacer en Burlington es ayudar a crear y desarrollar un grupo de anarquistas que se reúna sobre la tradición radical norteamericana o tradiciones confederales, que pudiera existir así mismo en Canadá. Y estoy más interesado en la perspectiva de algunos buenos ejemplos establecidos aquí, allí o más allá que en la visión de intentar constituir movimientos de masas, que de hecho comprende la disolución de casi cualquier movimiento en una masa amorfa, políticamente muy pasiva.

Open Road. ¿Qué auténticas tradicciones radicales norteamericanas puede ver sobre las que basarnos?

Bookchin. Lo que desearía ver desarrollarse es un radicalismo norteamericano de carácter libertario, que confiara, por muy débiles desalentadoras e incluso místicas que tales tradiciones pudiera ser, en la tradición libertaria norteamericana. No quiero decir con ello del ala derechista libertaria, por supuesto. Me refiero a la idea básicamente muy extendida por América, de que el gobierno que menos gobierna es el mejor, que obviamente ha sido empleada en provecho de las grandes corporaciones; pero que, sin embargo, contiene implicaciones muy radicales. La idea de un pueblo en ejercicio de gran control federal o confederal, el ideal de un tipo de gran raigambre democrática, la idea de la libertad del individuo, la cual no se pierde en las confusiones del anarco-egotismo a lo Stirner, o en el aspecto del ala derecha libertaria. Así que siento que en la actualidad tenemos cierta oportunidad en Norteamérica de volver atrás, y decir que la Revolución Norteamericana fue algo real. No quiero pensar por más tiempo simplemente en términos de la Revolución Española o de la Revolución Rusa. No tiene ningún sentido hablar de Makhno a un norteamericano.

Open Road. ¿Qué clase de actividades sugeriría que los anarquistas conscientes deberían realizar?

Bookchin. En este aspecto en Norteamérica la labor más importante que pueden hacer es la de educarse a sí mismos,desarrollar mecanismos de propaganda en forma de libros y periódicos, una literatura concentrada en grupos de discusión conectados a la comunidad, discutir y desarrollar sus ideas y desenvolver una red. Creo que son sumamente importantes esas redes de anarquistas establecidas por ellos mismos con la visión enfocada hacia la educación popular. En mi caso, enfatizaría en el anarcocomunalismo a través de las cuestiones ecológicas, feministas, las soluciones anti-nucleares existentes y, así mismo, con la articulación de las instituciones populares de la comunidad. Considero de suma importancia para los anarquistas hacer lo anterior porque en este momento no es mucho lo que acontece en cualquier

lugar de Norteamérica. Este puede ser un periodo, un tiempo precioso de preparación intelectual y emocional de la organización. Mi principal interés actual es publicar, escribir, explicar varios aspectos que espero tengan gran impacto en el pensamiento popular.

Sé una cosa: que uno puede hacer muchas cosas, pero si uno no educa al pueblo hacia un anarquismo consciente, todo se convertirá en nada. En la década de los sesenta existían una serie de cosas de carácter anarquista. El movimiento de mayo-junio de 1968 fue dirigido por sentimientos anarquistas, sueños e ideales; pero dado que careció de una vigorosa organización, e intelectualmente de una muy efectiva y poderosa infraestructura, lo que sucedió es que el movimiento fue disipado.

Open Road. ¿Qué clase de balance halla entre un concepto marxista o materialista histórico de las condiciones necesarias y la idea del anarquismo como acto de la voluntad, el anarquismo como voluntarismo, el anarquismo como un potencial en cualquier situación histórica de acuerdo con el deseo, la conciencia, etc., de quienes abogan por él?

Bookchin. Estoy menos influido por cualquier idea de Marx hoy de lo que lo haya estado en otro tiempo; y algo más significativo, la teoría de Marx del realismo histórico es virtualmente residuo del despotismo. Pero voy a responder directamente a su pregunta: No estoy de ningún modo convencido de que el capitalismo y el desarrollo de la tecnología faciliten el advenimiento del anarquismo. Por el contrario, impone dificultades tremendas al reforzar la dominación y jerarquía con instrumentalizaciones, técnicas, desde los servicios electrónicos hasta las bombas termonucleares y las neutrónicas; han fortalecido la jerarquía y la dominación a una escala inimaginable nunca antes, por lo menos en mi juventud, cuando era un radical y marxista a la vez. Pero en este aspecto, en lo que creo muy arraigadamente es que, una vez que el capitalismo se presenta a la palestra, una vez quecrea unamitología de mezquina naturaleza, en ese mismo momento ese mito fue exorcizado. En otras palabras, debemos erradicar de la mente humana la idea de que sin una economía de mercado,

sin egotismo, sin competencia, rivalidad y sin el interés personal, que sin todos los avances tecnológicos que Carlos Marx imputó al capitalismo, caeríamos en alguna especie de barbarismo. Debemos proporcionar al pueblo la libertad de escoger entre estilos de vida y satisfacciones materiales que cubran sus necesidades, y debemos redefinir el concepto de "necesidad" en un ghetto popular, diciéndoles que debemos prescindir de nuestros televisores o automóviles, deberemos decirles que debemos analizar sus necesidades, en seguida permitirles hablar de ello por medio de su sensibilidad. Así, en este sentido, hablo de la post-escasez, porque lo que me interesa es eliminar en ellos el sentido de escasez que el pueblo siente. El capitalismo ha creado una situación denominada "escasez". Y esta escasez no es natural, es inducida socialmente. En consecuencia, este sentido de escasez o sentimiento de escasez es un sentimiento de inseguridad económica. En consecuencia, este es un sentimiento de privación... Y excepto que podamos demostrar que ese sentimiento no está justificado tecnológicamente, no estaremos con la capacidad de hablar inteligentemente a la gran mayoría de la población ni de reorganizar nuestra economía en tanto no conozcamos realmente qué necesidades son racionales y humanas, y cuales han sido creadas, casi de manera fetichista, por la economía capitalista. Lo que estoy diciendo, en efecto, es que tenemos que decirles que los bienes están aquí a nuestro alcance; pero ¿en qué medida son bienes? Mientras sintamos que no los podemos poseer, los desearemos y los convertiremos en algo capital para nuestras vidas.

He sido tachado por numerosos anarquistas de creer que el anarquismo es imposible sin prosperidad. Por el contrario, creo que la prosperidad es muy destructiva para el anarquismo. Si uno se halla absorbido por el mundo de la comodidad, entonces uno no se inclinará por ninguna de las posiciones radicales, sino más bien hacia una posición conservadora.

Open Road. Por otro lado, es propiamente en aquellos países prósperos de Europa, Suiza y Alemania Occidental, donde parece que se desarrolla la rebelión del movimiento juvenil.

Bookchin. Este es un hecho intrigante. He sido criticado por destacar que el anarquismo parece florecer más fácilmente, al menos en el mundo occidental y en cierta extensión en la Europa oriental, en aquellas zonas donde existe cualquier severa necesidad o consi-derable desarrollo tecnológico. Dado que he destacado tal cosa, seré el último en el mundo en negar eso, pero no creo que se pueda hacer una teoría histórica integral fuera de ello. Esto es muy importante que se vea. Después de leer *La gran transformación*, de Karl Polanvi, encontré que el capitalismo no crece naturalmente, como Marx dio a entender según su teoría del materialismo histórico. El pueblo fue arrastrado al capitalismo entre gritos, imprecaciones y luchando durante todo el trayecto, intentando resistir a ese mundo comercial e industrial. Estoy convencido más que nunca que el capitalismo, con su desarrollo tecnológico, no ha sido un avance hacia la libertad, sino más bien un enorme retroceso de la libertad. Estoy muy desencantado de la "civilización", lo que no significa que sea un primitista, como nunca jamás lo haya estado con anterioridad. En *La ecología de la libertad*, mi crítica de lo que se denomina "civilización" y "sociedad industrial" es total, y mi ataque a la declaración de Marx de que es un estadio necesario en el progreso humano y en la dominación de la naturaleza, es muy acerba.

Open Road. ¿Existe la necesidad de una idea religiosa o espiritual que adicionar a la práctica ante la exigencia diaria para organizar un cuerpo unificado, en el movimiento social o político?

Bookchin. Creo que debe existir un ideal y yo me inclino por un anarquismo ético, que puede ser cohesionado en un ideal. Así mismo creo que es sumamente importante tener unmovimiento que sea espiritual --no en el sentido sobrenatural, sino en el sentido del alemán *Geist:* espíritu- que combine la idea del pensamiento junto al sentimiento, asi como con la intuición. Lamento que algunos anarquistas, en su propio estilo, hayan fijado la atención en la palabra espíritu y me hayan convertido en un ecologista teológico, noción que pienso está mal concebida en todas las creencias. Encierra una serie de valores. Yo preferiría llamarles ecologistas, porque mi imagen de la ecología trasciende a la

naturaleza y se expande a la sociedad como entidad sin que se deba confundir de ninguna manera con la biología social, la que creo una tendencia reaccionaria...

Open Road. El anarquismo y sus diversas calificaciones -comunistas, sindicalistas, ecoanarquistas, colectivistas, etc.- parece contar con una hermosa y nebulosa identidad en el tiempo presente.

Bookchin. Debemos clarificar el significado del vocablo. Debemos proporcionarle un vivo contenido. Y este contenido debe mantenerse aparte de una crítica de otras ideologías, porque la manera de afilar un cuchillo es, francamente, sobre una piedra de amolar. Y la piedra de amolar, para mí, es el marxismo. Yo he desarrollado mi anarquismo, mi crítica del marxismo -que ha sido la más avanzada ideología burguesa por mí conocida-, en una comunidad de ideas y, últimamente, en un sentido común de responsabilidad y obligaciones. No creo que el anarquismo consista en establecer y decir vamos a formar un colectivo. No pienso en decir nosotros, que todos somos anarquistas, tú eres anarcosindicalista y tú anarcocomunista, y este otro anarcoindividualista. Creo que los anarquistas deben estar de acuerdo para estar en desacuerdo, pero no para luchar entre sí. No tenemos por qué andar en circunloquios como la Reforma protestante o como la Revolución socialista, y ejecutar a todos los demás tan pronto como tengamos éxito, asumiendo que podamos tenerlo. Pero creo que si logramos poner cierta comunidad de creencias, podríamos clarificarlas, podríamos fortalecer su coherencia y, así mismo, podríamos desarrollar proyectos comunes que produjeran una vida comunal afín. Y también tendríamos que alcanzar a ser mejores, éticamente hablando, que se reflejara en nosotros mismos y en nuestras muy limitadas existencias, y desarrollar un sentido de tolerancia con los demás, así como hacia los demás grupos anarquistas con los que podamos estar en desacuerdo. Pero nosotros no estamos interesados en cambiar en nada lo que denominamos anarquismo; pues existen muy diferentes anarquismos. Mi anarquismo es francamente anarcomunalismo y asímismo anarcoanarquismo. Y éste no está orientado hacia el proletariado. Me gustaría ver un conjunto crítico constituído por

anarquistas muy bien dotados reunidos en un lugar apropiado con objeto de realizar un trabajo altamente productivo. Eso es todo. No sé por qué ello no pueda lograrse, a no ser por el hecho de que creo que la gente desconfía hoy en día de sus propios ideales. No creo que hayan dejado de creer en ellos; más bien creo que han perdido la confianza en su posibilidad. Temen autocomprometerse con sus ideales. Ustedes ven que algo muy importante está sucediendo. La personalidad está siendo devorada y con ello el idealismo que siempre motivó un movimiento anarquista: la creencia en algo, el ideal de que existe algo por lo que vale la pena luchar.

Estoy mucho más interesado en desarrollar el carácter humano en esta sociedad en las condiciones sociales que despierten confianza en los ideales, un sentimiento de solidaridad, de objetividad, de firmeza, de responsabilidad...

Open Road. No entiendo muy bien lo que quiere sugerir cuando dice que siente que reunir a anarquistas altamente capaces en una localidad y...

Bookchin. Los anarquistas que están de acuerdo deberían reunirse y desarrollar sus objetivos en un punto crítico, en un lugar crítico, y formar reuniones, grupos de afinidad en zonas donde puedan obtener ciertos resultados, resultados notables, no movilizarse en zonas de gran resistencia, donde con toda seguridad serán aniquilados, derrotados, desmoralizados. Y, en segundo lugar, no desearía verme en el mismo movimiento que un anarcosindicalista, a pesar del gran respeto y admiración que le profeso. Algunos de mis mejores amigos son anarcosindicalistas. Quiero decir que sé que no constituimos una comunidad, ni siquiera en el lenguaje, que nos permita comunicarnos.

Open Road. ¿Cómo siente el desarrollo de la doctrina "bookchiniana" alrededor de sus ideas?

Bookchin. Los términos relativos a individualismo como marxista, hegeliano, bakuninista o kropostkiniano están completamente al margen de mi horizonte emocional e intelectual. No soy seguidor de nadie, soy bookchiniano, y nadie tiene derecho a ello más que yo. Cuando me muera, el bookchiniasnismo termi-

nará y todas las alusiones a ello, tanto entre los marxistas como entre los anarquistas.

Agricultura radical

Un ensayo de Murray Bookchin

Este artículo, traducido por Silvia Alatorre, constituye el primer capítulo del libro "Radical Agriculture", editado por Richard Merrill, New York, Harpe & Rou, 1976, pp. 3-13. Publicado por primera vez en castellano en la revista del Grupo de Estudios Ambientales. México, 1978; y reproducido en "Tierra y Libertad" de México, en su número 449, correspondiente a abril de 1984.

La agricultura es una forma de cultura. La producción de alimentos es un fenómeno social y cultural exclusivo del hombre. Entre los animales cualquier cosa que remotamente se pudiera parecer a la producción de alimentos sólo se da, si acaso, de manera efímera, e incluso entre los humanos la agricultura apareció hace poco más de diez mil años. Sin embargo, en una época en que la producción de alimentos se reduce a una simple técnica industrial, resulta especialmente importante ocuparse de las implicaciones culturales de la agricultura "moderna", hacer ver el impacto que tiene no sólo en la salud pública, sino también, en la relación de la humanidad con la naturaleza, y en la relación entre los seres humanos. Es dramático el contraste entre las prácticas agrícolas primitivas y las modernas. Sería, en efecto, muy difícil entender una de esas agriculturas a través de otra, y reconocer que ambas están unidas por alguna continuidad cultural. Tampoco podemos explicar el contraste por simples diferencias de tecnología. Nuestra época agrícola, característicamente capitalista, considera la producción de alimentos como un nego-

cio que debe ser operado con el estricto propósito de generar ganancias en la economía del mercado. Desde este punto de vista, la tierra es una mercancía enajenable llamada "bienes raíces", el suelo un "recurso natural", y los alimentos un valor de cambio que es comprado y vendido impersonalmente a través de un medio llamado "dinero". De hecho, la agricultura es tan rama de la industria como la siderurgia y la producción de automóviles. En la medida en que la producción de alimentos es afectada por factores no industriales, como los cambios de clima y de estación, carece de la precisión que caracteriza a las operaciones verdaderamente "racionales" y administradas científicamente. Y para que estos factores naturales no se escapen de la manipulación burguesa, son también objeto de especulación en mercados futuros y entre los intermediarios en el camino del terreno agrícola hasta la venta al menudeo. En este terreno impersonal de la producción de alimentos no es sorprendente que un "campesino" resulte ser a menudo un piloto aviador que riega cultivos con pesticidas, un químico que trata el suelo como un depósito sin vida de compuestos inorgánicos, un operador de enormes máquinas agrícolas que sabe más de motores que de botánica y, lo que es, tal vez, más decisivo, un financiero cuyo conocimiento de la tierra puede estar por debajo del de un taxista. A su vez, los alimentos le llegan al consumidor dentro de recipientes y bajo formas tan modificadas y desnaturalizadas que apenas se parecen al original. En el resplandeciente supermercado moderno el comprador camina como entre sueños a través de un espectáculo de materiales empacados en los que dibujos de plantas, carnes y productos lácteos reemplazan a las formas vivas de las cuales se derivan. El fetichismo toma la forma del objeto real. Aquí la relación del individuo con una de las experiencias naturales más íntimas, la del sustento indispensable para la vida, está divorciada de sus raíces en la totalidad de la naturaleza. Las verduras, la fruta, los cereales, los lácteos y la carne pierden su identidad como realidades orgánicas y suelen adquirir el nombre de la compañía que los produce. El "Bovril" y el

"pollo Kentucky" ya no transmiten la más leve idea de que una criatura viva fue dolorosamente pasada a cuchillo para suministrarle ese alimento al consumidor.

Este panorama desnaturalizado contrasta fuertemente con una sensibilidad animista que veía la tierra como un dominio inalienable y casi sagrado, la producción de alimentos como una actividad espiritual y el consumo de esos alimentos como un ritual social santificado. Los indios cayuse, del noroeste de los EE.UU., no fueron los únicos que escuchaban el suelo porque, según un jefe cayuse, "El gran espíritu destinó a las raíces que alimentaran a los indios" (1). El suelo vivía, y su voz debía ser escuchada. Este modo de ver las cosas puede incluso haber sido un obstáculo cultural para que se extendiera la agricultura; pocas declaraciones son más conmovedoras que el memorable discurso de Smohalla: "¿Me pides que are la tierra. Tomar un cuchillo y desgarrar el pecho de mi madre? Entonces, cuando me muera, ella no me acogerá en su seno para descansar" (2).

Cuando finalmente surgió la agricultura, petrificó claramente la sensibilidad animista del cazador. La riqueza de la narrativa mítica que rodea a la producción de comida es testimonio de un mundo encantado, rebosante de vida, voluntad y espiritualidad. En Ludwig Feuerbach la idea de Dios como proyección del hombre nos dice hasta qué punto el hombre primitivo está marcado por el sello del mundo natural y, en este sentido, es una extensión o proyección de él.

Porque la tierra estaba viva, era nada menos que la madre de la vida, cultivarla era un acto sagrado que exigía rituales invocatorios y apaciguadores. Prácticamente cada aspecto del proceso agrícola tenía su dimensión santificadora, desde el barbecho hasta la cosecha. La cosecha, en sí, era algo bendito, y "partir el pan" fue, desde un principio, tanto un ritual doméstico que afirmaba a diario la solidaridad familiar como un acto de pacifica-

1 R. C. McLuhan, (ed): *Touch the Earth*. New York, Quterbridge 7 Lazard, 1971, pág. 8.
2 Ibid., pág. 56.

ción hospitalaria entre el extraño y la comunidad. Todavía sellamos tratos con una copa y celebramos acontecimientos importantes con banquetes. Tumbar un árbol o matar un animal exige ritos apaciguadores, en reconocimiento de que la vida era parte inherente de esos seres y que esa vida era parte de una constelación sagrada de fenómenos.

Por ingenuos que los mitos y muchas de estas prácticas puedan parecer a la mentalidad moderna, reflejan una verdad acerca de la situación agrícola. Después de haber perdido contacto con esta sensibilidad "precientífica", y a costa de la fertilidad de la tierra y de su equilibrio ecológico, sabemos ahora que el suelo está, en efecto, muy vivo, que tiene su salud, su equilibrio dinámico, y una complejidad comparable a la de cualquier comunidad viva. No es que los detalles que conforman este nuevo conocimiento sean nuevos, sino que nosotros nos damos cuenta de ellos de una manera nueva y englobadora. Hasta 1965 la agronomía norteamericana veía, generalmente, el suelo como un medio en el que los organismos vivos no tenían nada que ver con el manejo químico de la producción de alimentos. Después de haber saturado el suelo con nitratos, insecticidas, herbicidas y una cantidad aterradora de compuestos tóxicos, somos ahora víctimas de un nuevo tipo de contaminación que bien podría llamarse "contaminación del suelo". Éstas toxinas son especies ocultas en nuestra comida, espectros invisibles que regresan a nosotros como productos residuales de nuestra actitud explotadora ante el mundo natural. De una manera no menos importante, hemos dañado gravemente el suelo de las grandes zonas de la tierra y lo hemos reducido a la imagen simplificada del punto de vista cientificista moderno. La vida animal y vegetal, tan necesaria para el desarrollo de un suelo nutritivo y friable, queda sofocada y en muchos lugares se parece mucho a la esterilidad de la arena empobrecida del desierto.

En cambio, la agricultura primitiva, a pesar de sus aspectos imaginativos, definía la relación de la humanidad con la naturaleza dentro de parámetros ecológicos profundos. Como hace ver Edward Hyams, la actitud de la gente y su cultura son parte de su

equipo técnico en la misma medida en que lo son sus herramientas. Si "el hacha era sólo la herramienta física que usaba el hombre antiguo para cortar árboles" y "la herramienta intelectual lo hacía capaz de blandir su hacha" eficazmente, ¿qué decir de la herramienta espiritual?. Esta "herramienta" es aquel "miembro de la trinidad de herramientas que le permite al hombre controlar y verificar sus acciones por referencia al "sentido que posee en cuanto a las consecuencias de los cambios que hace en su medio". Así, pues, la tala de árboles tendría como límite el estado de ánimo de los hombres primitivos, que "creían que los árboles tenían alma y debían ser adorados y asociaban a ciertos dioses con ciertos árboles. A Osiris con la acacia, a Apolo con el roble y el manzano. Los templos de muchos pueblos primitivos eran enramados... Los aspectos míticos de esta mentalidad son suficientemente evidentes, pero sigue siendo un hecho que la mentalidad, como tal, "tenía un inmenso valor para la "comunidad de suelo" y, por lo tanto, a la larga, para el hombre. Significaba que no se cortarían árboles con derroche, sino sólo cuando fuera absolutamente necesario y, entonces, con acompañamiento de ritos propiciatorios que, aunque no hicieran nada más, servían para recordarles a los cortadores de árboles que estaban haciendo un trabajo peligroso importante" (3). Cabe añadir que si la cultura puede ser vista como una "herramienta", un simple cambio de acento haría posible ver las herramientas como parte de la cultura. Esta manera distinta de ver, se acerca más a lo que Hyams trata de decir que su propia formulación. De hecho, lo que marca de modo característico la mentalidad burguesa esla degradación del arte, los valores y la racionalidad a simples herramientas; y esta mentalidad se ha infiltrado, inclusive, en la crítica radical del capitalismo, a juzgar por el tema de la literatura marxista que abunda hoy en día.

Un acercamiento radical a la agricultura se propone trascender el acercamiento instrumental actual que considera la producción de alimentos simplemente como una "técnica humana" en oposi-

3 Edward Hiams, *Soil and Civilization* (London, Thames & Hudson, 1952), págs. 274-276.

ción a los "recursos naturales". Este acercamiento radical es literalmente ecológico bien en el sentido estricto: la tierra es considerada un *oikos*, un *hogar*. La tierra no es ni "recurso" ni "herramienta", sino el *oikos* de millones de tipos de bacterias, hongos, insectos, lombrices y mamíferos pequeños. La caza deja este *oikos* fundamentalmente inalterable; la agricultura, en cambio, lo afecta profundamente y hace de la humanidad una parte integral del mismo. Los seres humanos ya no afectan al suelo de manera indirecta, intervienen en sus redes alimenticias y en sus ciclos bioquímicos de manera directa e inmediata.

Recíprocamente, resulta muy difícil entender las instituciones sociales humanas sin referirse a las prácticas agrícolas usadas en un periodo histórico y, en última instancia, a la situación del suelo a que se aplican. Cuando Hyams describe a las comunidades humanas como "comunidades de suelo", no se equivoca históricamente, los tipos de suelo y los cambios tecnológicos agrícolas tuvieron un papel importante y, a menudo,decisivo para determinar si la tierra sería trabajada cooperativa o individualmente, conciliadora o explotadoramente; y esto, a su vez, afectó profundamente al sistema de relaciones sociales vigentes. Los imperios altamente centralizados del mundo antiguo estuvieron evidentemente fomentados por los trabajos de irrigación que se requerían para las regiones áridas del Cercano Oriente; la aldea cooperativa de la Edad Media, por el sistema de franjas a campo abierto y el arado de orejera. Lynn White, Jr., hace remontar la actitud coercitiva de Occidente para con la naturaleza a los tiempos caroligios, con la aparición del pesado arado europeo y la consiguiente tendencia a distribuir la tierra entre los campesinos no de acuerdo a sus necesidades de subsistencia familiar, sino "proporcionalmente a su contribución al equipo del arado" (4). Según él, este cambio de actitud se refleja en los esfuerzos de Carlomagno por rebautizar los meses de acuerdo con las labores que en ellos se hacían, revelando con ello más interés por el trabajo que por la naturaleza o las divinidades. "Los calendarios romanos antiguos habían mostrado ocasionalmente escenas costumbristas de la actividad humana, pero la tradición dominante, que continuó en Bizancio, era pintar los meses como personificaciones pasivas portadoras de atributos simbólicos. Los nuevos calendarios carolingios, que fijaron el patrón para la Edad Media, son muy diferentes; muestran una actitud coercitiva hacia los recursos naturales. Su origen es, evidentemente, nórdico; el olivo, que ocupaba un lugar tan importante en los ciclos romanos, ha desaparecido. Las pinturas representan ahora escenas de arado, cosecha, corte de madera, gente tirando bellotas para los puercos, matanzas de puercos. El hombre y la naturaleza son ahora dos cosas, y el hombre domina" (5).

4 Lynn White, Jr.: *Medieval Technology and Social Change.* (New York, Oxford Univ. Press, 1962) pág. 56.

Pero hay que llegar a la Era Capitalista moderna para ver al hombre y a la naturaleza separados casi como enemigos, y para que el "dominio" del hombre sobre el mundo natural tome la forma de un dominio rudo, y no sólo de clarificación jerárquica.

La ruptura de los últimos restos de lazos sociales que en un tiempo unieron a los miembros de los clanes o de los gremios, y a la fraternidad de la *polis* en un núcleo de ayuda mutua; la reducción de cada ser humano a un comprador o vendedor en posición de antagonistas; la regla de competencia y egoísmo en cada porción de la vida económica y social, todo esto disuelve por completo el sentido de comunidad, ya sea con la naturaleza o con la sociedad. La suposición tradicional de que la comunidad es el sitio auténtico de la vida se desvanece tan completamente de la conciencia humana que deja de tener importancia en la condición humana. El nuevo punto de partida para formar una nueva concepción de la sociedad o de la *psique* es el hombre aislado, atomizado, valiéndose por sí solo en la jungla de la competencia. Las consecuencias desastrosas de esta manera de ver la naturaleza y la sociedad son bastante evidentes en el mundo de antagonismos sociales explosivos, de simplificación ecológica y de contaminación cada vez más extensa.

5 Ibid., pág. 57.

La agricultura radical trata de restaurar a la humanidad su sentido de comunidad. Primero, dando pleno reconocimiento al suelo como ecosistema, como comunidad biótica; y segundo, viendo a la agricultura como la actividad de una comunidad humana natural, una sociedad y una cultura rurales. En verdad, la agricultura se vuelve la interfase práctica y diaria entre el suelo y las comunidades humanas se vuelve el medio que les hace encontrarse y mezclarse. Tal encuentro y tal mezcla implican varios presupuestos clave. El más obvio de ellos es que la humanidad es parte del mundo natural y no está por encima de él como "dominadora" o "dueña". Innegablemente, la consciencia humana es única en alcance y penetración, pero la unicidad no garantiza dominación ni explotación. En este sentido, la agricultura radical acepta el precepto ecológico de que la variedad no debe estar estructurada sobre pautas jerárquicas. Las cosas y relaciones que benefician patentemente la biosfera deben ser evaluadas por sí mismas, cada una por sí como contribuyente al todo, y no una encima o debajo de otra, ni fácil presa para el dominio.

La variedad, tanto en la sociedad como en la agricultura, lejos de ser constreñida, debe ser elevada a un valor positivo. Ahora no es demasiado familiar el hecho de que cuanto más simplificado esté un ecosistema y, en agricultura, cuanto más limitada sea la variedad de especies dosmesticadas involucradas, mayor es la posibilidad de que el ecosistema se destruya. Cuanto más complejas sean las redes alimenticias, mayor será la estabilidad de la estructura biótica. Esta perspectiva, que hemos adquirido a tan alto costo sobre la biosfera y sobre nosotros mismos, no hace más que reflejar el empuje milenario de la evolución. El avance del mundo biótico consiste sobre todo en la diferenciación, la colonización y la trama creciente de interdependencia de las formas vivas en el planeta inorgánico; un proceso largo que ha rehecho la atmósfera y el paisaje, volviéndoles hospitalarios para organismos complejos y cada vez más inteligentes. El aspecto más desastroso de la metodología agrícola actual, con su énfasis en los monocultivos, la hidratación y las sustancias químicas, ha sido la simplificación que han introducido en la producción de alimentos,

simplificación que ocurre a una escala tan global que muy bien podría hacer regresar al planeta a una etapa evolutiva en la que sólo se mantendrían formas de vida más sencillas.

El respeto de la agricultura radical por la variedad implica un respeto a la complejidad de una situación agrícola bien equilibrada: los factores innumerables que influyenen en la nutrición y el bienestar de las plantas; las diversas relaciones de suelo que hay entre zona y zona; el juego complejo entre los factores climáticos, geológicos y bióticos que explica, en parte, las diferencias entre una y otra región; y la variedad de maneras como las culturas humanas reaccionan ante esas diferencias. Por ende, el agricultor radical ve la agricultura no sólo como una ciencia, sino también como un arte. El productor de alimentos debe vivir en intimidad con una tierra dada, y desarrollar una sensibilidad en cuanto a sus necesidades especiales, necesidades que ningún manual podría abarcar. El productor de comida debe ser parte de una "comunidad de suelo", en el sentido importantísimo de que pertenece a un sistema biótico único tanto como a un sistema social dado.

Sin embargo, hablar de estos temas en simples términos técnicos no sería un gran avance sobre la manera actual de ver la agricultura. Ser un experto técnico en el acercamiento "orgánico" a la agricultura no es mejor que ser un simple practicante de un acercamiento químico. No nos volvemos "agricultores orgánicos" con sólo hojear las últimas revistas y manuales, tal como no nos volvemos sanos por consumir alimentos "orgánicos" adquiridos en el supermercado suburbano más nuevo. Lo que separa básicamente el acercamiento orgánico del sintético es la actitud general y la praxis que el productor de alimentos le da globalmente al mundo entero. En estos tiempos en los que los alimentos orgánicos y el ambientalismo están tan de moda, puede ser útil distinguir entre la visión ecológica de la agricultura radical y el "ambientalismo" crudo tan difundido. El "ambientalismo" ve al mundo natural simplemente como un hábitat que debe ser manejado por contaminación mínima para satisfacer las "necesidades" de la sociedad, por irracionales o sintéticas que puedan ser esas necesidades. La visión verdaderamente ecológica, por el contrario, ve el mundo biótico como una unidad englobadora de la que

es parte la humanidad. Por eso, en este mundo, las necesidades humanas deben integrarse con las de la biosfera si la especie humana quiere sobrevivir. Esta integración, como ya hemos visto, supone un respeto profundo por la variedad natural, por la complejidad de los procesos y relaciones naturales, y el cultivo de una actitud mutualista hacia la biosfera. En resumen, *la agricultura radical implica no sólo nuevas técnicas en la producción de alimentos, sino también una nueva sensibilidad no prometeica hacia la tierra y la sociedad en su conjunto.*

Creo que la agricultura radical estaría obligada a rechazar un acercamiento aislado de este tipo. Aunque la experiencia individual tiene, sin duda, un papel inestimable en el inicio de un movimiento amplio para la reconstrucción social, no completaremos a la larga una relación ecológicamente viable con el mundo natural sin una sociedad ecológica. El capitalismo moderno es inherentemente anti-ecológico: la relación básica que lo constituye (la relación comprador-vendedor) arroja al individuo contra el individuo y, a mayor escala, a la humanidad contra la naturaleza. la ley de vida del capital, de expansión infinita, de la "producción por la producción", del "consumo por el consumo", hace de la dominación y explotación de la naturaleza el "sumo bien" de la vida social y de la auto-realización humana. Incluso Marx sucumbe a esta mentalidad inherentemente burguesa cuando le concede al capitalismo una "gran influencia civilizadora" por reducir la naturaleza "por primera vez, a un objeto de la humanidad, a una simple materia útil...". La naturaleza "deja de ser reconocida como una potencia en sí misma, y el conocimiento teórico de sus leyes aparece sólo como una estratagema para someterla a las necesidades humanas..." (6).

En contraste con esta tradición, la agricultura radical es, esencialmente, libertaria por su insistencia en la comunidad y el mu-

6 Karl Marx, *Grundisse*. Editado y traduccido al inglés por David McLellan (New York. Harper & Row, 1971), pág. 94.

tualismo más que en la competencia, insistencia que deriva de los escritos de Kropotkin (7) y de William Morris. Esta insistencia podría llamarse, con toda razón, ecológica, desde antes de que la palabra "ecología" se pusiera de moda; desde antes, incluso, de que fuera acuñada por Ernst Haeckel hace un siglo. La idea de mezclar ciudad con campo, de rotar tareas agrícolas, había nacido con los llamados socialistas utópicos como Charles Fourier durante la revolución industrial. La variedad y la diversidad en las actividades cotidianas, el ideal helénico del individuo perfecto en una sociedad perfecta, tenía su contraparte física en el hábitat variado que no era ni rural ni urbano estrictamente, sino una síntesis de ambos.

Nuestra propia época ha ido más lejos que este acercamiento visionario. Hace un siglo todavía era posible llegar al campo sin dificultad, aún desde las ciudades más grandes y, si uno así lo quería, dejar la ciudad permanentemente e irse a vivir al campo. El capitalismo no había borrado tan completamente el legado de la humanidad que no quedaran pruebas de la diversidad en los barrios, en los modos de vida, en la personalidad, en la arquitectura e incluso en la sociedad pueblerina. Predador como era,el nuevo sistema industrial no había eliminado tan totalmente la escala humana que dejara al individuo completamente anónimo y enajenado; ahora, en cambio, estamos obligados a ocupar zonas casi rurales, que se han urbanizado básicamente, y quedamos reducidos a cifras anónimas en un aparato burocrático tambaleante que carece de personalidad, de relevancia humana y de comprension individual. Nuestras ciudades pueden compararse con las naciones-estado del siglo pasado en población, si no en tamaño físico. La escala humana ha sido reemplazada por la escala inhumana. Si apenas podemos abarcar nuestras propias vidas, mucho menos podemos manejar la sociedad o nuestros alrededores inmediatos. Nuestra integridad misma depende de que re-

7 Véanse especialmente: P. Kropotkin, *Campos fábricas y talleres*. Ed. Júcar,Madrid, 1979. *El Apoyomutuo*. Ed. Madre Tierra. Madrid, 1989. *y La conquista del pan*. Ed. Júcar, Madrid, 1970.

alicemos la visión que los utopistas y los libertarios radicales exponían hace un siglo. En este punto estamos luchando no sólo por un mejor modo de vida *sino por nuestra supervivencia misma.*

La agricultura radical ofrece una respuesta sólida, para esta situación desesperada, en términos no de un vuelo fantástico a un refugio agrario remoto, sino de una recolonización sistemática de la tierra, según pautas ecológicas. Las ciudades deben ser descentralizadas, lo que no es ya una fantasía utópica, sino una necesidad visible que empiezan a reconocer incluso los planeadores urbanos, y deben establecerse nuevas eco-comunidades que se ajusten artísticamente a los ecosistemas en que se localicen. Estas eco-comunidades deben ser a escala humana, para permitir tanto la mayor autogestión posible como la comprensión personal de la situación social. No debe haber aquí ninguna administración burocrática, manipuladora y centralizada, sino un sistema voluntarista en el que la economía, la sociedad y la ecología de una zona sean administradas por la comunidad en su conjunto, y la distribución de los medios de vida quede determinada por necesidad y no por trabajo, ganancia o acumulación.

Pero la agricultura radical lleva esta tradición más lejos, hasta el seno mismo de la tecnología. En el pensamiento social contemporáneo, la tecnología tiende a polarizarse en formas altamente centralizadas de labor extensiva por una parte y en formas descentralizadas y artesanales de labor intensiva por otra. La agricultura radical avanza por el término medio que establece una ecotecnología: se aprovecha de la tendencia hacia la miniaturización y la versatilidad, la producción de calidad y una combinación equilibrada de manufactura de masa y de artesanías. Porque, al lado de la tecnología masiva altamente especializada que usa fósiles como combustible, estamos empezando a ver el nacimiento de una nueva tecnología que se presta al despliegue local de muchas fuentes de energía en una escala pequeña (eólica, solar y geotérmica); una tecnología que proporciona una mayor amplitud en el uso de maquinaria pequeña de uso múltiple y que puede, fácilmente darnos los bienes semiacabados de alta ca-

lidad para que nosotros, como individuos, decidamos terminar según nuestros gustos. Las eco-comunidades perfectas del futuro deberán estar sometidas por ecotecnologías perfectas (8).

La agricultura radical trae todas estas posibilidades a la luz del día; porque debemos empezar por la tierra, aunque sólo sea porque los materiales básicos para la vida son fruto de la tierra. Esto es una verdad no sólo ecológica sino también social. El tipo de práctica agrícola que adoptemos reflejará y reforzará, inmediatamente, el enfoque que usemos en todas las esferas de la vida industrial y social. El capitalismo empezó mimando y dominando la resistencia del mundo agrario tradicional a una economía de mercado. Nunca será plenamente trascendido a menos que se cree sobre la tierra una nueva sociedad que libere a la humanidad en el sentido más completo y restaure el equilibrio entre sociedad y naturaleza.

8 Ver Murray Bookchin, *El anarquismo en la sociedad de consumo,*. Ed. Kairós, Barcelona, 1974.

Un crecimiento que nos mata

La muerte de un pequeño planeta

Publicado en "The Progressive" en agosto de 1989. Delia Silva V. lo tradujo al castellano para su publicación en la revista "Comunidad" nº 72-73 de Estocolmo, correspondiente a abril de 1990.

Tendemos a pensar en las catástrofes ambientales, por ejemplo el derramamiento del petróleo en el mar, como hechos accidentales. Fenómenos aislados que emergen sin aviso ni advertencia. Pero ¿cuándo es que la palabra "accidental" resulta inapropiada? ¿Cuándo un modelo consistente en desastres inevitables apunta hacia una profunda crisis que no es sólo ambiental, sino profundamente social?

El presidente Bush, se contentó con responsabilizar del derrame de más de diez millones de galones de petróleo crudo, en el puerto de Valdez, Alaska,a la negligencia de un capitán. Sin embargo, es un hecho que fue una consecuencia de circunstancias sociales, más violentas que los factores "humanos" o "tecnológicos" citados en los reportajes de prensa.

Desde que el oleoducto en el puerto de Valdez comenzara a usarse, hace una docena de años, ha habido, por lo menos, unos cuatrocientos derrames de petróleo en la bahía de Alaska. En 1987, el buque-tanque Stiyvesant derramó casi un millón de galones en el golfo después de dejar Valdez, atribuyéndose a presuntos fallos mecánicos causados por el mal tiempo. Greenpeace registró siete derramamientos en las aguas de Alaska en 1989, aún antes de esa encalladura del Exxon Valdéz.

Los derramamientos de petróleo han contaminado grandes áreas de la superficie oceánica mundial y de la costa. Estos derramamientos van desde unos miles de galones a millones o más, a los que se suma también el petróleo que se expulsa de los buques-tanques, de forma rutinaria, para hacer espacio a otros cargamentos. Los efectos desastrosos de los derrames de petróleo que han ocurrido años atrás todavía son apreciables, y nuevos accidentes aumentan el daño. El derrame de 10.000 galones que "misteriosamente" contaminó el sector costero de las islas hawaianas fue ampliamente publicado. Esto ocurrió una semana antes del Exxon Valdéz, y va a la par con otro derrame poco publicado: los 170.000 galones que la Exxon Houston dejó en otra área costera hawaiana tres semanas antes del derramamiento de Valdéz.

En un solo dia, el 23 de junio de 1939, ocurrieron tres derramamientos importantes: New Port, En Rhode Island en el Río Delaware, y en la costa del golfo de México, donde se vaciaron, en aguas estadounidenses, un total de más de un millón de galones de petróleo.

A muchos les es difícil ver estos incidentes como un continuum que tiene un mismo origen. Trazar una cadena de eventos, desde sus causas a sus consecuencias, es una tarea poco conocida por aquellas personas que han sido condicionadas para ver la vida como espectadores de televisión o para hacer comentarios compuestos de segmentos anecdóticos, discretos y autocontenidos.

Vivimos en realidad con una dieta de tomas cortas, falta de lógica o de efectos a largo plazo. Nuestros problemas, aquéllos que reconocemos como problemas, son más bien episódicos que sistemáticos. La escena se disuelve, la cámara continúa.

Pero la crisis actual no va a desaparecer con un cambio de canal. Era predecible, y fue predicha décadas atrás. Hay una historia olvidada de horrorosas señales, advertencias urgentes y esfuerzos sin éxito de una generación anterior de ambientalistas que pedían preocuparse de los factores sociales que están en la base de los problemas ambientales. En muchos casos predijeron con asombrosa precisión los resultados de una insana política

ecológica llevada a cabo por las organizaciones burocráticas del Este.

Las primeras disputas, acerca de los peligros debidos a la expansión de la industria petrolera con las perforaciones oceánicas, se produjeron aún antes de que se comenzaran a explotar las regiones árticas. Comenzaron por los años 40, cuando grandes barcos iniciaron el transporte del crudo del Medio Oriente. Mucho antes de que se produjeran derrames, los ambientalistas hicieron conocer su temor por los riesgos debidos al aumento de capacidad de los barcos-tanques.

Tan seria como la posibilidad de un "error humano" en el manejo de estos grandes barcos, es el hecho bien conocido de que hasta el barco más sólido puede ser golpeado por la tormenta, haciéndole cambiar su curso, tocar fondo en riscos, en aguas traicioneras y luego hundirse. En charlas que diera décadas atrás por la red de "Radio Pacific", enfaticé en la clara certeza de que los derrames de petróleo desastrosos serían una consecuencia del aumento de la capacidad de los buques-tanques. El derrame del Exxon Valdéz no fue, pues, un accidente no previsto, sino una certeza, que quizá se vea empequeñecido por otros accidentes que se producirán. Fue tan predecible como Three Mile Island y Chernobyl.

No menos predecible ha sido el calentamiento de la tierra. Las predicciones que decían que el dióxido de carbono producido por el uso de combustibles fósiles podría subir la temperatura del planeta se remontan al siglo XIX, y han sido repetidas de vez en cuando desde entonces, más bien como una curiosidad atmosférica que como una seria advertencia ecológica. Yo escribí, por el año 1964, que el aumento de la capa de dióxido de carbono debida a la quema de combustibles fósiles" nos llevaría a tormentas más destructivas, eventualmente al deshielo de los casquetes polares, aumento del nivel del mar e inundación de grandes áreas".

La posibilidad de una lluvia ácida y la deforestación sistemática del cinturón ecuatorial de selva húmeda (pluviselva), sin olvidar el impacto de los clorofluorocarbonos (CFC) en la capa de ozono, no podían sin haberse predicho en sus detalles técnicos, pero el

gran tema de la destrucción del medio ambiente a escala global y el rompimiento de los ciclos básicos naturales estaba en la agenda radical ya a fines de 1960, mucho antes de que se proclamara el "día de la tierra", y que las campañas ecológicas se redujeran a limpiar las calles de tarros, botellas y basuras.

Las predicciones de los desastres no tienen valor cuando no se derivan de análisis razonados, de un tipo que se ha hecho impopular en esta época de misticismo de la Nueva Era. No tenemos razón para alegrarnos si Margaret Thatcher parece a menudo apoyar la causa ambientalista en sus advertencias públicas acerca del "efecto invernadero", si tenemos presente que el Thatcherismo en Gran Bretaña puede considerarse una transición hacia una más alta tecnología y nuclearización. Tampoco nos tendría que parecer alentador saber que Mijail Gorbachov se propone seguir a M. Thatcher en el desmantelamiento progresivo de las industrias más antiguas del "cordón de óxidos" y de su funcionamiento a base de energías de combustibles fósiles, como consecuencia de lo ocurrido en Chernobyl y de los posibles y peores "eventos" nucleares de los cuales ni siquiera hemos oído hablar.

Si la solución del "efecto invernadero" crea potencialmente más problemas desastrosos, como la proliferación de energía nuclear "limpia" y sus desechos de larga duración, el mundo puede estar peor como resultado de este nuevo tipo de pensamiento ambientalista.

Los esfuerzos del presidente Bush para unirse a este grupo, como es el de revisar el *"Clean air act"*, para reducir el tamaño del agujero en la capa de ozono, los contaminantes cancerígenos y otras sustancias tóxicas, han producido tantas críticas como alabanzas. Los efectos de las proposiciones de Bush -bastante pequeños si pensamos en la magnitud de la crisis ambiental- no se harán sentir plenamente hasta la primera década del próximo siglo. Es entendible que esto haya producido el enojo de los ambientalistas. Además, el hecho de que Bush deje la ejecución de su plan a la industria, nos garantiza que los costos de control de la contaminación serán cargados al consumidor y que muchas de las propuestas serán archivadas.

Lo que los ambientalistas tendrían que enfatizar es que la crisis ecológica es global y sistemática, y no el producto de desastres al azar. Si el desastre de la Exxon en Valdéz se considera un "accidente", como lo fueron Chernobyl y Three Mile Island, habremos desviado la atención pública de una crisis social, que ha alcanzado proporciones históricas. No vivimos simplemente en un mundo altamente problemático, con estructuras sociales inherentemente antiecológicas; este mundo antiecológico no se sanará con actos de gobierno o con la aprobación de alguna legislación. Es un mundo que está necesitando de un cambio estructural de largo alcance.

Quizá uno de nuestros problemas sistemáticos más obvios es el crecimiento incontrolable -prefiero la palabra "incontrolable" a "sin control"-. El crecimiento del cual hablo no es la colonización del planeta por la humanidad durante milenios de su historia; es más bien, la realidad material, única de nuestra era, que considera el crecimiento económico ilimitado como una evidencia del progreso humano. Esta noción que hemos tomado como un hecho durante las generaciones pasadas, se ha fijado en nuestra conciencia, de la misma manera que lo hemos hecho con, por ejemplo, la propiedad, que se nos aparece como sagrada.

El crecimiento es casi sinónimo de la economía de mercado que prevalece hoy día. Este hecho tiene su expresión más clara en la máxima "crece o muere". Vivimos en un mundo competitivo en el que la rivalidad es una ley de la vida económica, la ganancia un deseo tanto personal como social, el límite y la contención algo arcaico, y la comodidad un sustituto del medio tradicional para establecer relaciones económicas,como lo era el don.

Sin embargo no es suficiente culpar a la obsesión de crecimiento como causa de nuestros problemas ambientales. Un sistema de estructuras profundamente entrelazadas, del cual el crecimiento es meramente una manifestación de superficie, conforma nuestra sociedad. Estas estructuras están por encima de todo control moral, así como el flujo de adrenalina está fuera de control de una criatura asustada. Este sistema tiene, en efecto, la cualidad impositiva de una ley natural.

En una sociedad tanto racional como internacional de mercado, ya sea del tipo corporativo del Oeste o burocrático del Este, la competencia genera una necesidad de crecimiento. El crecimiento de cada empresa es la defensa contra la amenaza de absorción de una empresa rival. Los aspectos morales no tienen cabida en esta relación competitiva. Se llega al extremo de que el sistema de mercado convierte a la sociedad en un gran centro de compras, en un mercado, dicta los parámetros morales de la vida humana y hace del crecimiento económico un sinónimo de crecimiento personal y social. Nuestra personalidad, amor, vida, recursos, creencias no son más que una empresa, deben crecer o morir.

Esta sociedad de mercado parece haber eliminado de la memoria de la mayoría de las personas otra concepción del mundo, que alguna vez le puso límites al crecimiento, enfatizó la cooperación sobre la competencia y valoró el don como un lazo de solidaridad humana. En ese mundo remoto el mercado era marginal a una sociedad doméstica o "natural", y las comunidades dedicadas al comercio existían meramente en los "intersticios" de un mundo de premercado, para usar las palabras de Marx.

Hoy en día, un lenguaje algo liberal e ingenuo legitima una condición que tomamos como un hecho, como el aire que respiramos. "Sano" crecimiento, "libre" competencia, "severo" individualismo, son eufemismos que adopta una sociedad insegura para transformar sus atributos depredadores en virtudes. "Son los negocios, no es nada personal, Sonny" como expresa el consejero en la película "El Padrino", después que el patriarca ha sido acribillado por las balas de una mafia rival. Así los valores personales se reducen a valores empresariales.

Se piensa que el mundo desarrollado -que está acabando con muchos de sus recursos- con su crecimiento está comiéndose la biósfera, a un ritmo sin precedentes en la historia humana. La deforestación por la lluvia ácida, la cual es producto del uso de combustibles fósiles, es comparable con la quema sistemática que está acabando con las grandes selvas húmedas. La destrucción de la capa de ozono se está produciendo en casi todas partes, no sólo en la Antártida.

Sentimos que el crecimiento ilimitado está literalmente reciclando los complejos productos orgánicos de una evolución natural, volviéndolos simplemente constituyentes minerales de la Tierra, como los que existían hace billones de años atrás. El suelo, que demoró milenios en formarse, se está volviendo arena, ricas regiones boscosas llenas de vida compleja se han reducido a desolados paisajes lunares, los ríos, lagos y grandes regiones oceánicas se están convirtiendo en alcantarillas nocivas y letales. Los radionúcleidos junto con un sinfín de productos tóxicos en aumento, están invadiendo el aire que respiramos, el agua que tomamos y casi todos los alimentos que encontramos en nuestra mesa. Ni siquiera las oficinas, selladas, con aire acondicionado y sanitizadas, están inmunes a este diluvio venenoso.

En el mundo oculto de la causa-efecto los movimientos ambientalista y el público están en la encrucijada: ¿Es el crecimiento un producto del consumo? Esta explicación, socialmente aceptable y socialmente neutral, es la que se da en las discusiones sobre el deterioro del medio ambiente. ¿O el crecimiento se debe al tipo de producción para una economía de mercado? En alguna medida podemos decir que ambas explicaciones son válidas. Pero la verdadera realidad, en una economía de mercado, es que la demanda de nuevos productos por parte del consumidor rara vez ocurre en forma espontánea y tampoco el consumo de esos productos está guiado por consideraciones puramente personales.

Hoy en día, la demanda no es creada por el consumidor, sino por el productor -específicamente por agencias llamadas de publicidad que usan una gran cantidad de técnicas para manipular el gusto del público. Las máquinas americanas para lavar y secar la ropa son un ejemplo, fueron construídas para ser usadas comunitariamente y se las usa así en muchos edificios de apartamentos. La publicidad, sin embargo, ha logrado que estas máquinas se mantengan sin uso la mayor parte del tiempo, en las casas particulares.

Si uno echa una mirada a los típicos artículos de consumo, encontrará muchos otros ejemplos de consumo irracional de pro-

ductos, ya sea por individuos opor pocas familias, artículos que luego son de uso masivo.

Otra pretendida explicación de la crisis ambiental es el aumento de la población. Este argumento sería válido si se pudiera demostrar que los países con los mayores índices de aumento de población son también los mayores consumidores de energía, materia prima o alimento. Pero estas correlaciones son notoriamente falsas. A menudo se confunde la densidad de población de un lugar con la sobrepoblación del mismo. Dichos argumentos generalmente hacen uso de los gráficos en forma manipuladora -las escenas de las calles y el tren subterráneo de Nueva York congestionados a la hora de mayor afluencia de público, por ejemplo- y no merecen una consideración seria.

Todavía tenemos que determinar cuántos habitantes puede sustentar este planeta sin un completo desastre ecológico. Los datos están lejos de ser concluyentes y están fuertemente distorsionados por variables económicas, raciales y sociales. La demografía está lejos de ser una ciencia, pero es un arma política notable, cuyo abuso ha influído desastrosamente en la vida de millones, en el curso de este siglo.

Finalmente, "la sociedad industrial", gentil eufemismo del capitalismo, también se ha vuelto una explicación fácil para los males ambientales que padece nuestro tiempo. Pero una feliz ignorancia oscurece el hecho de que, varios siglos atrás, la mayoría de los bosques de Inglaterra, incluyendo aquellos bosques legendarios de Robin Hood, fueron deforestados por las hachas crueles de los propietarios rurales con el objeto de producir carbón para una economía metalúrgica, tecnológicamente simple y para obtener tierras para la cria de ovejas. Esto ocurrió mucho antes de la Revolución Industrial.

La tecnología puede magnificar los problemas y, aún, acelerar los efectos. Pero sin o con "imaginación tecnológica" (para usar la expresión de Jacques Ellul) raramente se podría producir el problema mismo. Aún más, la racionalización del trabajo con la técnica del montaje en serie puede encontrarse en sociedades preindustriales, como las que construyeron las pirámides de Egip-

to. Ellas desarrollaron una gran máquina humana para construir templos y mausoleos.

Sacar el crecimiento de su propio contexto social es distorsionar y privatizar el problema. Es impreciso e injusto coercer a la gente diciendo que son personalmente responsables de los peligros ecológicos de nuestro tiempo porque consumen demasiado o proliferan rápidamente.

Esta privatización de la crisis ambiental, como el culto de la Nueva Era, está enfocada a los problemas personales más que a los desajustes sociales. Esto ha reducido a muchos movimientos ambientalistas a la inefectividad y amenaza con disminuir la credibilidad en ellos por parte del público. Si "vivir sencillamente" y el reciclaje son las principales soluciones a la crisis ambiental, la crisis se mantendrá y se intensificará.

Irónicamente, mucha gente corriente y sus familias no pueden permitirse "vivir sencillamente". Es increíble el precio que pueden alcanzar los objetos hechos a mano y el alimento orgánico o artículos reciclados. Además, la producción que no se puede vender al consumidor puede ser ciertamente vendida a militares. La General Electric, goza de un gran prestigio no sólo por sus refrigeradores, sino también por sus rifles Gatling. Este lado sombrío del problema ambiental, productos militares, sólo puede ignorarse en un ecologismo vacuo que desafía toda descripción.

La preocupación pública por el medio ambiente no puede incentivarse culpando al crecimiento sin explicar sus causas. Ni la única explicación puede ser el "consumismo" ignorando el rol siniestro de los productores rivales que moldean el gusto público y guían su poder de compra. Sin considerar los costos involucrados, mucha gente no quiere vivir "sencillamente", no quiere disminuir su libertad para viajar o su acceso a la cultura, o bajar la escala de sus necesidades, que a menudo sirven para enriquecer la personalidad o la sensibilidad humana.

Tan degradantes y despersonalizantes son los "slogans" medio ambientalistas de grupos radicales como el del Earth First "Volvamos al Pleistoceno", como las utopías tecnocráticas de H. G. Wells, escritas a principios de siglo.

Se necesita un alto grado de sensibilidad y reflexión (atributos que sólo pueden desarrollarse por el consumo de artículos tales como libros, objetos de arte y música) para lograr un entendimiento de lo que uno realmente necesita, para ser una persona verdaderamente realizada. Sin un número suficiente de este tipo de personas, dispuestas a asumir el desafío de la destrucción del planeta, el movimiento ambiental será superficial en el futuro, así como es poco efectivo hoy en día.

El tema del crecimiento, entonces, puede usarse ya sea para hacernos caer en banalidades acerca de nuestros modelos de consumo y nuestra pasión tecnológica por los artefactos (el budismo no ha hecho al Japón menos tecnocrático que a los EE.UU.) o para guiar el pensamiento público hacia los temas básicos que muestran claramente el origen social de la crisis ecológica.

En Vermont, por ejemplo, los verdes de izquierda que están buscando la manera de radicalizar el movimiento ambientalista estatal, algo tibio, han seguido la lógica de un crecimiento disminuído en líneas útiles y ambiciosas. En su petición por una moratoria en el crecimiento por un año, y una discusión pública sobre las necesidades vitales, han hecho posible la formulación de preguntas claves acerca de los problemas suscitados por el control del crecimiento.

¿Qué criterio usaremos para determinar lo que es un crecimiento innecesario?. Y ¿qué es lo necesario? ¿Quién tomará esa decisión, agencias estatales, alianza entre ciudades a nivel regional, organizaciones de barrio en las ciudades?.¿En qué grado las municipalidades tienen derecho a limitar el crecimiento? ¿Deberían subsidiar a los campesinos, para salvar los campos para generaciones futuras? ¿Deberían las asambleas de ciudadanos controlar las industrias más importantes y el comercio? ¿Deberían establecer un criterio legal para determinar las restricciones ecológicas a las inversiones?

Esta secuencia de preguntas, que se originan de la idea de un control del crecimiento, puede tener consecuencias impresionantes. Ha forzado a la gente a pensar en la naturaleza de sus prio-

ridades: ¿El crecimiento o un medio ambiente decente?.¿Poder centralizado o local? ¿Comités comunitarios o agencias burocráticas? ¿La explotación de propiedades estatales o el control comunal de las mismas?

Un grupo de ciudades de Vermont ha cuestionado el derecho del gobierno de Montpelier, capital del Estado, a desconocer las demandas de los ciudadanos para inhibir el crecimiento, lo que, en realidad, significa ignorar sus esfuerzos para determinar su propio destino.

El ambientalismo de la Nueva Era y el ambientalismo convencional, que realiza un pensamiento ecológico en profundidad, han sido reemplazados en forma creciente por una ecología social, que investiga los factores económicos e intitucionales involucrados en la crisis ambiental.

En el contexto de este discurso más maduro no puede considerarse el derrame de petróleo crudo en Valdez como un "episodio" en la geografía de la contaminación. Más bien, es reconocido como un acto social que coloca esos "accidentes" en un nivel de problema sistémico, cuya raíz no es el consumismo, sino que está en el avance tecnológico por parte de una economía de crece-o-muere y en la demografía de la pobreza y de la riqueza. Los desajustes ecológicos no pueden separarse de los desajustes sociales.

Las raíces sociales de nuestros problemas ambientales no pueden esconderse, porque de hacerlo así, trivializaríamos la crisis misma e impediríamos su resolución.

EDICIONES MADRE TIERRA
Parque Vosa 12 bajo
Tfno. (91) 618 10 64 - 614 38 08
28933 Móstoles

TITULOS PUBLICADOS

El Estado en la Historia.
Gastón Leval, 296 páginas.

Nacionalimperialismo y movimiento obrero en Europa
Juan Gómez Casas, 278 páginas.

La CNT en la Revolución Española. José Peirats.
Tomo I. 404 páginas. 94 ilustraciones.
Tomo II. 372 páginas. 29 ilustraciones.
Tomo III. 364 páginas. 17 ilustraciones.

Por Tierras de Moros. (El exilio español en el Magreb).
José Muñoz Congost. 352 págs.

El Apoyo Mutuo, factor de la evolución.
P.Kropotkin, 352 páginas, introducción de Angel J. Cappelletti.

Economía Libertaria, (Alternativa para un mundo en crisis).
Abraham Guillen. Primera Edición, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo. Bilbao 1988, 636 páginas.

Economía Autogestionaria (Las bases del desarrollo económico de la sociedad libertaria). Abraham Guillen 512 páginas. Edita Fundación Anselmo Lorenzo. Distribuye Madre Tierra.

Socialismo Libertario.
Abraham Guillen. 581 páginas, tercer y último tomo de la trilogía sobre economía libertaria de dicho autor.

El Oro de Negrín.
Francisco Olaya Morales. 512 páginas.

Desde Nuestra escuela "Paideia".
Josefa Martín Luengo.252 páginas.

Breviario del pensamiento educativo libertario
Tina Tomasi. 240 páginas.

Hechos y figuras del anarquismo hispanoamericano.
Angel J. Cappelletti. 144 páginas.

La Intervención Extranjera en la Guerra civil.
Francisco Olaya Morales. 512 páginas.

Utopías y anarquismo.
Víctor García. 360 páginas.

Malatesta. Idealismo ético y socialismo libertario.
Angel J.Cappelletti. 256 páginas.

La Semana Trágica y otros relatos.
José Peirats Valls. 545 páginas.

Releyendo el anarquismo
Carlos Díaz. 144 páginas.

El pensamiento de Kropotkin, ciencia ética y Anarquía
Angel J. Cappelletti,360 páginas.